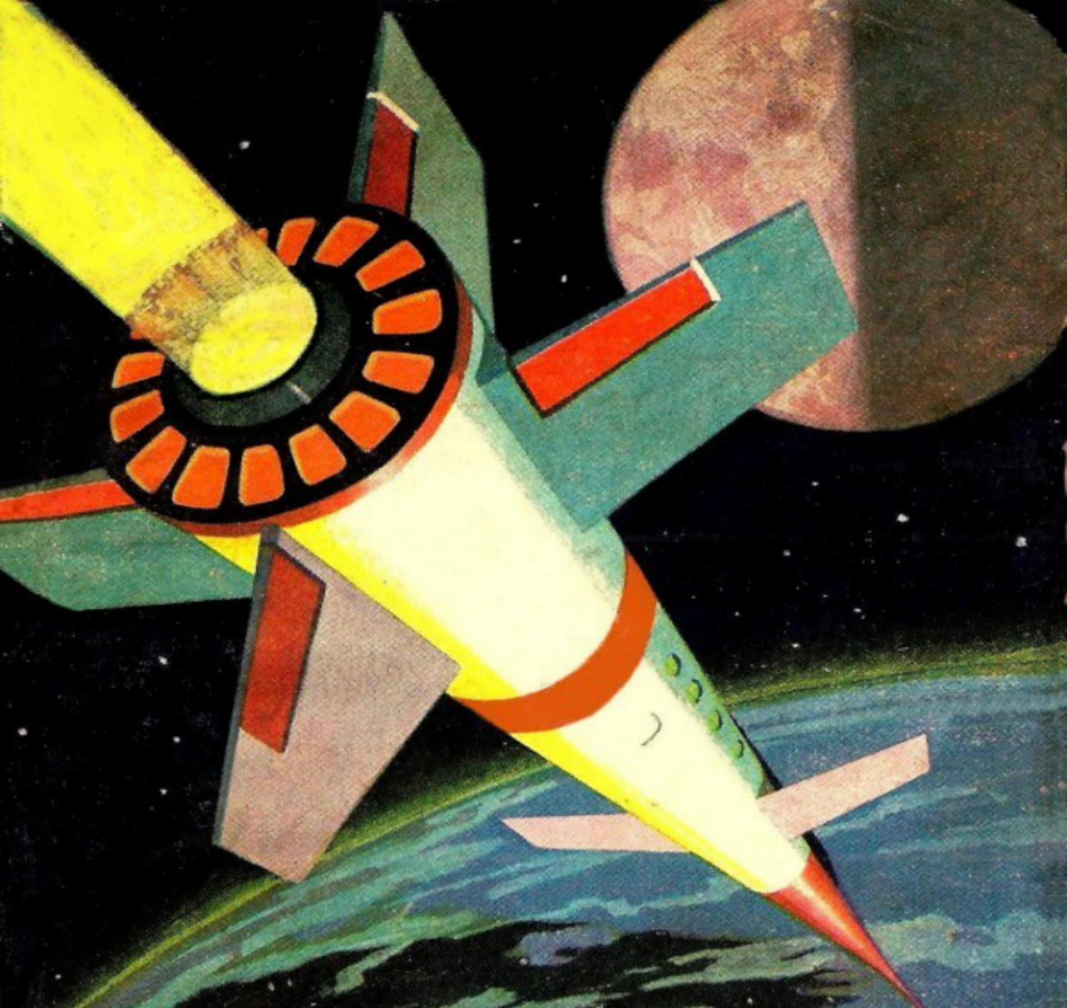


LARRY WINTERS.
AVANZADILLA
a la
TIERRA
JOSE LUIS
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

AVANZADILLA A LA TIERRA

Larry Winters

AVANZADILLA A LA TIERRA

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PERSONAJES

George Murdock, James Tiddim, Mario Alves, Lester Doc. — Pilotos supervivientes entre los vagabundos del espacio.

Harry Travers, Betty Patterson, Kingston, Allyson, Daniels, Anderson, Doctor Hunter, Kelly, Somerville, Morris, Finnegan. —Miembros de la expedición científica terrestre.

Enoka, Cesia, Durisan, Lodia, Roni. —Mujeres del planeta Kaoni.

Coronel Brissen, Nohana Brissen. —Oficiales del ejército libertador de la Tierra.

PRINTED IN SPAIN



CAPÍTULO PRIMERO

VUELO DE REGRESO

ANTE los ojos atónitos de los tripulantes, veteranos todos de la navegación sidérea, pero no por ello menos maravillados y hasta un poco asustados ante la magnitud de las grandezas que contemplaban, el Universo iba desarrollando las bellezas insospechadas del tapiz negro del Cosmos salpicado por las miríadas de puntos luminosos que señalaban la presencia de las estrellas y los planetas, y entre los cuales, como un algo insignificante en medio de ellos, iba cruzando velozmente la aeronave llevada del poderoso impulso de sus reactores, mientras el abierto ventanal de las pantallas de televisión congregaba en torno suyo a los impacientes hombres y mujeres que, febrilmente, exploraban el espacio en su afán de avizorar la esferilla azulada en cuya busca navegaban y que marcaba el final de su viaje de regreso.

Veintiséis personas volvían a la Tierra; llegaban unos a ella por primera vez y regresaban otros después de una ausencia fijada en diez y seis meses. Iban a bordo de la única aeronave sobreviviente entre las que antaño integraran las poderosas flotas del planeta

Kaoni. Nuevamente surcaban el espacio en aquel navío sidéreo, cuyo viaje comenzado tiempo atrás tocaba teóricamente a su fin aun antes del avizorar su punto de destino.

Y aquellos hombres y mujeres que en algún tiempo merecieran llamarse «fugitivos del Cosmos», seguían ahora una ruta marcada y definida, dispuestos a desafiar otra vez cuantos riesgos y peligros amenazaran con impedir su curso. Curioso era el aspecto de aquellos tripulantes, reunidos todos en la espaciosa sala que hacía las veces de cabina de mando y cuarto de control, atendiendo unos a los instrumentos de vuelo, comprobando rutinariamente otros las esferas graduadas de los indicadores y explorando los más la inmensa negrura salpicada de puntos brillantes, que llegaban hasta ellos a través de la enorme pantalla televisora situada en el panel trasero de la cabina. En aquel numeroso grupo de hombres y mujeres se mezclaban las distintas naturalezas y las dispares condiciones físicas que señalaban aún más las diferencias entre los hombres de la Tierra y los seres procedentes de Kaoni, el desconocido y fantástico planeta perdido en las alturas siderales. Mas, pese a ello, o tal vez por este motivo, pocas veces fue dado contemplar un conjunto a la vez tan dispar y selecto, una tripulación que reunía todas las condiciones científicas y técnicas necesarias, un grupo de seres que se hallase tan compenetrado y unido como resultado de sus andanzas y aventuras, de los riesgos y peligros, los azares del destino y las amenazas recónditas, contra las cuales hubieron de batallar y de enfrentarse —viniendo de distintos caminos— a lo largo de su peregrinación por el Cosmos.

De un lado estaban representados el valor y la audacia, la entereza y la energía en las personas de George Murdock, James Tiddim, Mario Alves y Lester Doc, los cuatro terrestres arrebatados un día a bordo de una aeronave marciana que había de llevarles a la más terrible cautividad en una colonia industrial perdida en el espacio, cautividad que redimieron con la fuerza de las armas y con su propio valor, hasta alcanzar nuevamente la condición de hombres libres después de la tremenda batalla que en la superficie polvorienta de aquel planeta —Tarjas de nombre— libraron seres de distintas naturalezas y procedencias contra sus opresores marcianos[1].

De otro venía la ciencia y la técnica bajo los aspectos de Harry Travers y sus compañeros, exploradores del éter que a bordo del aerocohete *Silver Star* se lanzaron a la desconocida aventura del espacio llevados de sus afanes militares y científicos. Eran, además del propio Travers, los Allyson, Daniels, Kingston, Anderson,

Hunter, Somerville, Morris, Finnegan y Kelly, científicos de valía unos, militares otros y eficientes técnicos los demás, acompañados por la linda personilla de Beatriz Patterson, la única mujer que con ellos abandonara la Tierra por el procedimiento de introducirse subrepticiamente a bordo de la aeronave llevada de su cariño hacia Harry Travers, el ingeniero creador del *Silver Star*[2].

Y, por último, venía lo sorprendente y fantástico con la contemplación del tercer grupo formado por cuatro mujeres y siete hombres, todos ellos procedentes del planeta Kaoni. De apariencia casi humana ellos y ellas, y constituyendo actualmente la totalidad de población que consiguiera escapar a las iras de la más terrible guerra sideral que los terrestres no podían siquiera imaginar. La amarillenta coloración de su piel no llegaba a ocultar la irresistible belleza de las mujeres y la varonil arrogancia de los hombres, la imponderable sensación de energía y de constancia de que daban pruebas cuando relataban diversos aspectos de su lucha contra una raza predominante, acerca de la cual ya conocían sus amigos terrestres la fuerza y la ambición desmedida que les empujaba a extender por el Universo sus extensos dominios.

Era de este último grupo, a más de las diferencias raciales entre ellos y los hombres de la Tierra, partían aún los influjos de unas costumbres y unas condiciones atávicas que, ni siquiera las largas jornadas de estrecha convivencia con sus nuevos amigos habían podido aminorar. Ellas, Enoka, Durisan, Cesia y Lodia, conservaban implícitamente las dotes de mando que su condición de mujeres-soldado y auténticas amazonas del espacio les otorgaran en el transcurso de los siglos que Kaoni tenía de existencia. Ellas eran las jefes de su grupo y prácticamente de toda la tripulación, las capitanas, las dueñas de las decisiones y de los actos. Y sus compatriotas masculinos, científicos y técnicos todos ellos, acataban su mando sin protestas, las aceptaban como cosa obligada y normal y las obedecían en todo después que ellas daban una orden o iniciaban la realización de una idea.

El que aquellos tres grupos tan dispares se hallasen ahora reunidos a bordo de una aeronave de Kaoni, el que surcaran el espacio navegando con rumbo a la Tierra, era el resumen de una serie de vicisitudes y aventuras que habían costado bastantes vidas y que les redujeron a la condición dé auténticos fugitivos en el Cosmos, para encontrarse al fin sobre la superficie hostil de un planeta, de una auténtica isla abandonada entre el mar proceloso del espacio. Allí encontraron momentáneo refugio, hermanaron sus actos para la defensa contra el enemigo común, lucharon

esforzadamente y, tras la victoria, se lanzaron nuevamente en pos de la obsesionante idea que no tenía otro objeto sino regresar a la Tierra[3].

Y esta vez, unidos todos en sus afanes, emprendían la nueva aventura que intentaban considerar Como el principio o final de otras marchas. Se enfrentaban con la terrible realidad de las palabras que el profesor Samuel Allyson les estaba dirigiendo… y hasta se esforzaban en hallarles un lado cómico por obra y gracia de James Tiddim, el infatigable Jimmy, para quien no era obstáculo el cúmulo de dificultades que el matemático exponía a los tripulantes, y que siempre hallaba ocasión para lanzar una frase alegre, una carcajada o una broma que tenía la virtud de levantar el espíritu de sus compañeros.

—Cuando terminamos nuestro trabajo de reparación —decía Allyson— sólo tuvimos un deseo: volver. Éramos náufragos del espacio, habíamos encontrado a cuatro compatriotas nuestros y a estos seres que en principio nos semejaron sobrenaturales. Ellos no podían regresar a su patria y nosotros intentábamos volver a la nuestra utilizando los medios de que disponíamos.

En todas las mentes estaba el recuerdo de aquellas jornadas agotadoras reparando una aeronave dañada en combate, poniéndola a punto para levantar el vuelo y espoleando sus ánimos con la promesa de un pronto regreso que terminara de una sus sinsabores.

—Sin embargo —proseguía el profesor—, no podemos olvidar en ningún momento un factor demasiado importante para todos nosotros. Murdock y los suyos nos habían precedido en el cruce del espacio, pero desde que el *Silver Star* abandonó la Tierra hasta el momento en que emprendimos el regreso, han transcurrido diez y seis meses, amigos míos. Durante ese tiempo hemos estado ausentes y lo hemos vivido minuto a minuto en nuestro viaje, en las aventuras y azares de la travesía. Pero lo que a nosotros nos ha parecido normal y lógico, esa acumulación natural de horas y de días, se ha convertido en una laguna inmensa, en algo real y fantástico que a todos nosotros nos cuesta comprender y aceptar. Dije en cierta ocasión que tan sólo dos palabras estaban en contra de nuestro regreso y que esas dos palabras eran «Einstein» y «Relatividad».

—Lo recuerdo, profesor —saltó Jimmy—. Es la teoría que usted trató de explicarnos, que ninguno comprendió… y que probablemente ni su propio autor llegó a entender.

—Pero ahora no habrá más remedio que rendirse a la evidencia,

Jimmy —recalcó Richard Daniels, el astrónomo de la expedición terrestre—, y yo estoy aquí para confirmar las palabras de mi colega Allyson a este respecto.

—Suelte el rollo de una vez, profesor —dijo conciliador James Tiddim—. Le prometo no interrumpir.

—Allá va —suspiró Allyson, sospesando cada una de sus palabras—. Lo resumiré fácilmente diciendo que los dieciséis meses transcurridos durante nuestro viaje sideral «suponen en la Tierra un tiempo superior a siglo y medio». Un tiempo de 176 años, para ser más exactos.

El silbido de asombro de Jimmy fue el único exponente de la sorpresa que le embargaba. Los demás, conocedores más o menos de la célebre teoría de la relatividad del tiempo en el espacio, asentían mudamente mientras contemplaban el sereno rostro de los seres de Kaoni, para quienes el tiempo semejaba ser un factor despreciable.

—¡Por cien millones de bujías! —bramó Jimmy—. ¿Que yo tendré más de 200 años cuando llegue a la Tierra?

—Ciertamente, muchacho; en el supuesto de que consigamos llegar —repuso Daniels.

Beatriz Patterson se había acercado instintivamente a su prometido, interrogándole con los ojos, y Harry asintió mudamente, dando la razón al astrónomo en sus últimas palabras. Samuel Allyson, implacable, pero sincero, estaba destruyendo ahora las últimas esperanzas que los tripulantes guardaran en su interior, las mismas que todos se resistieron siempre a abandonar considerándolas como seguro refugio contra la adversidad. Aquel «¡Cuando volvamos a la Tierra…!» estaba siendo desmenuzado por las palabras del matemático que desgranaba sus hipótesis más o menos aventuradas y lógicas, pero perfectamente factibles, dado el tiempo transcurrido, el omnipotente poder y avanzada civilización de una raza sideral, los hombres de Noidim, encontrados por ellos en demasiadas y sangrientas ocasiones.

Brillaban los ojos de las amazonas escuchando al profesor Allyson y reverdecían en ellas los recuerdos amargos del pasado ante la sola mención de su enemigo ancestral, del maquiavélico dominador del espacio que llevado por sus ansias de conquista extendía su cruel poderío por todos los lugares del Universo. Noidim significaba destrucción y muerte, aniquilamiento y esclavitud, terror y desesperación. Noidim quería decir tanto como astucia y crueldad despiadada, potente fuerza y recursos sin límites,

desconocimiento y temor, acrecentado esto último por la carencia de datos acerca de su origen y desarrollo. Se sabía de ellos que fueron aliados de Marte, que su aspecto físico difería poco del de los marcianos y que supieron aprovechar en beneficio propio todos los adelantos conseguidos mediante la alianza con el pueblo que pasaba por ser el más poderoso del espacio. Conocían su aspecto y sus reacciones, y por propia experiencia tenían noción de los destructivos efectos de sus armas e Ingenios bélicos, de las magníficas condiciones de las esferas plateadas que constituían sus flotas de guerra…

—¿Quién nos impide suponer y aceptar que los hombres de Noidim campen por sus respetos en la Tierra? —decía Allyson.

Para todos los oyentes se hacía duro aceptarlo. No podían imaginar la presencia de aquellos gigantescos seres paseando sus rostros repulsivos sobre los familiares paisajes de la Tierra, pisando su suelo con sus pies deformes, dominándolo todo con sus inteligencias poderosas y ejerciendo su poder y su hegemonía por la fuerza de sus potentes armas.

—Y, sin embargo, bien puede haber sucedido —continuaba el matemático ante el silencio de todos—. Nuestro mismo planeta puede, incluso, haber evolucionado enormemente durante ese lapso de tiempo y hasta sido capaz de contener su ataque, pero después de penetrar en la grandeza y el poderío de los noidios, forzosamente debo dudar de que la Humanidad haya tenido tiempo suficiente para conseguirlo. Me apoyo, para ello en que nosotros éramos su esperanza, precisamente porque aun desconociendo lo que llegamos a descubrir durante nuestra exploración del espacio, habrían sido advertidos a nuestro regreso y espoleados para iniciar la común defensa de nuestro mundo, que de otra forma habrá sido conquistado ya por los invasores.

—¿Quiere quitarnos hasta esa esperanza, profesor Allyson? —preguntó tristemente Beatriz Patterson.

—No, querida Betty —denegó el viejo matemático—. Intento solamente prevenirles a todos hacia lo peor, espolear sus ánimos contra la adversidad… y hasta aceptar con estoicismo esa amargura que parece ser el castigo predestinado para nuestros semejantes.

—¡Cáspita! —tronó Jimmy que no podía contenerse más—. ¿Le parece poco castigo el ser más viejo que Matusalén? Cada vez que pienso que tendré 211 años cuando llegue.., bueno, quiero decir si llegamos a la Tierra, y que no habrá una chica que se digne mirar a un viejo como yo…

—Llegaremos a la Tierra, Jimmy —aseguré George Murdock rompiendo bruscamente el penoso silencio que se adueñaba de la cabina de mando—. Nos hemos visto metidos en fregados más graves y salimos incólumes. ¿Por qué razón, pregunto ahora, no hemos de triunfar en este?

—Estoy de acuerdo con usted, Murdock —repuso Harry Travers expresando el sentir unánime de sus jóvenes compañeros—, y propongo que, sin dejar de considerar la razón que asiste al profesor Allyson para hacernos estas advertencias, dejemos tiempo al tiempo para que sea él quien nos confirme su veracidad. ¿Qué nos interesa ahora? Llegar a la Tierra. Pues consigámoslo primero y luego daremos lugar a las quejas y a los desengaños.

—Me parece bien —dijo Lester Doc—. Pero, ¿realmente intentamos llegar a la Tierra? Y en ese caso, ¿dónde está nuestro planeta?

—Yo le aseguro a usted que dentro de cinco días podré mostrárselo —afirmó Richard Daniels con voz de trueno—. Y aunque para entonces nos encontraremos a una distancia verdaderamente astronómica, espero ese momento con auténtica impaciencia.

—Pues no se hable más del asunto —rogó Murdock—.

Personalmente agradezco al profesor Allyson sus advertencias, no dudo de sus hipótesis ni pongo en tela de juicio sus afirmaciones. Pero tal vez porque no soy hombre da ciencia sino tan sólo un piloto, conservo siempre un natural escepticismo hacia estas cuestiones que me lleva a una sola conclusión. ¡Necesito convencerme por mis propios ojos de todo ello!

—Allá usted, Murdock —repuso Allyson encogiéndose de hombros con ademán cansado—. Yo he tratado de prevenirles contra cualquier acontecimiento imprevisto, no de desanimarles para la lucha.

Enoka, abandonando la inspección de los instrumentos de a bordo, se había acercado a Murdock cuando aquél se alejó.

—¿Qué admites de cierto en las palabras de Samuel Allyson? —preguntó la muchacha.

—Todo, Enoka —confesó abiertamente el norteamericano—. Todo, desde el momento en que es lógicamente aceptable que los hombres de Noidim patrullen las cercanías de nuestro mundo y hasta incluso que se hayan apoderado de él. Marcianos y noidios conocían la ruta de la Tierra…

—También la conocíamos en Kaoni, Murdock —arguyó ella.

—Cierto; pero a vosotros no os guiaba la misma ambición que a ellos, querida, y entre ambos conocimientos existe una notable diferencia. No sé qué responderte, Enoka; me encuentro desalentado e inquieto a medida que el tiempo nos aproxima más y más hacia la Tierra.

—¿Tienes miedo, Murdock? —preguntó ella enarcando asombrada las cejas, como si no pudiese creer la existencia de aquel sentimiento en el ánimo del hombre a quien amaba.

—Es posible, pequeña. Tengo miedo a lo desconocido, a la incógnita contra la cual nos hemos enfrentado desde el primer momento de nuestro viaje de regreso.

—Tenemos sobradas armas a bordo y con ellas podemos defendernos.

—Tú lo has dicho, Enoka. Podemos defendernos... cuando lo más efectivo sería «atacar» —repuso Murdock acercándose a la pantalla televisora para dar una nueva ojeada al espacio.

—Sabes que mi confianza está contigo, Murdock —insistió la amazona—. Que estoy ansiosa por contemplar ese mundo del que tantas veces me has hablado, de esas maravillas que al decir tuyo no teníamos en Kaoni, de esos sentimientos que sólo podían nacer y desarrollarse en tu patria lejana.

—Y no voy a desilusionarte, Enoka —repuso George irguiéndose rápidamente—No es la lucha lo que me asusta, sino más bien lo poco que puedo ofrecerte de resultar verdad las predicciones del profesor Allyson. Yo había imaginado para ti el espectáculo maravilloso de un mundo nuevo y no de un planeta rodeado por los tiburones amenazantes de las esferas plateadas. Una Tierra esplendorosa que nos acogiera entre sus brazos y no un planeta destrozado y muerto atrayéndonos con sus fauces de tragedia. Sólo esto constituye mi temor y no otra cosa, bien lo sabes. No es que me precie de valiente, Enoka, pero teniéndote a mi lado soy capaz...

—¿Capaz de qué, jefe? —preguntó Jimmy que se había aproximado a ellos.

—No le hagas caso, Murdock —dijo la muchacha poniendo su mano sobre el hombro de George—. Yo encuentro a tu amigo un tanto... —vaciló como buscando la palabra apropiada.

—¿Entrometido? —rió alegre Jimmy.

—Pelmazo, diría yo —sentenció Murdock.

—Nadie me comprende —se lamentó cómicamente el mecánico

—. Soy la oveja negra de la tripulación.

Y mientras Jimmy se alejaba sin, dejar de hablar, la muchacha se aproximó más a George para decirle:

—¿Qué me importan a mí todos tus temores si voy a compartirlos a tu lado, Murdock?

El la rodeó entre sus brazos y rio alegre al contestar:

—Me gusta sentirte mujer y no soldado, Enoka. ¡Ahora sí que puedo asegurarte que volvemos a la Tierra!

CAPÍTULO II

AVANZADILLA A LA TIERRA

DURANTE las horas siguientes fueron sucediéndose los rutinarios trabajos de los tripulantes a bordo de la aeronave. Tan sólo el astrónomo Daniels y el profesor Allyson se afanaron sobre los cálculos matemáticos y las tablas estelares que fijaban su ruta a través del espacio; un metódico repaso de las notas les aseguró nuevamente en la imposibilidad de error, y un vistazo detenido a los datos conseguidos por Harry Travers les llevó a la consecuencia de que tanto las reservas energéticas como alimenticias serían suficientes, aunque no muy sobradas, para alcanzar su punto de destino.

Mario Alves, el antiguo teniente de las fuerzas aéreas brasileñas, estaba revisando las existencias del surtido arsenal de la aeronave. Le acompañaba Cesia, la hermosa amazona que conquistara su corazón de la misma forma que Enoka se adueñara del de Murdock, y ambos punteaban la lista de existencias que figuraba en el memorándum del inventario efectuado. Jamás un militar terrestre pudo contemplar las mortíferas maravillas encerradas en el metálico

aposento del arsenal, ni tampoco pudo suplir con su imaginación las futuristas y fantásticas líneas de aquellas armas. Había fusiles atómicos, unos artefactos parecidos a las pistolas ametralladoras terrestres, con el aditamento de que disparaban hasta veinte balines diminutos contenidos en un cargador de plástico. La fuerza de aquellos proyectiles, no mayores que un guisante, era terrible; su composición nuclear les transformaba en auténticas bombas atómicas en reducida escala, pero semejantes a ellas en todos los efectos mortíferos de irradiación, desprendimiento de energía y poder calorífico.

Ocupaban el segundo lugar, en lo referente a armamento, unas pistolas eléctricas de opaco brillo provistas de todos los accesorios para su uso; el cinturón y cartuchera de plástico consistente, las dos baterías-acumuladores acopladas al cinto y conectadas con el arma por medio de un cable conductor, y las reservas compuestas por centenares de paquetes de aquella extraña munición capaz de achicharrar a un hombre o de convertirlo en llameante antorcha. Había también fusiles desintegradores, desgraciadamente no en número suficiente para equipar a todos los tripulantes, armas temibles que utilizaban la inextinguible potencia de los rayos cósmicos en una concentración tal que los organismos vivos eran incapaces de resistirlos, convirtiéndose bajo su abrasadora caricia en un montón insignificante de polvo y cenizas[4].

Había granadas lanzables, explosivos de alto poder nuclear o de alta carga detonadora, reserva de municiones, trajes espaciales, escafandras, cascos, equipos…, toda la gama de los ingenios bélicos para el ataque y la defensa. Y entre ellos no se contaban los cohetes y proyectiles dirigidos, diabólicos ingenios almacenados en la sala de artillería de la aeronave, metidos unos en sus tubos de lanzamiento y alineados los de reserva en sus guías de conducción. Podía decirse que la nave entera era un gigantesco almacén de efectos combativos, un arsenal volante listo siempre para escupir en todas direcciones el fuego aterrador guardado en sus entrañas metálicas.

—Nuestro sino es luchar siempre, Cesia —dijo Alves cerrando el cuaderno-inventario—, y no hemos hecho otra cosa desde que abandonamos la Tierra.

—Toda la vida es lucha, Mario, y estamos con vosotros para ayudaros en ella y para conseguir el triunfo a vuestro lado —repuso la amazona abandonando sus manos entre las de él.

—Lo conseguiremos —añadió el brasileño—. Y ahora, vámonos.

Confirmemos a Travers la exactitud de sus cálculos.

Cuando atravesaban el pasillo para dirigirse hacia la cabina de mando llegó hasta ellos el zumbido persistente del detector de alarma lanzando sus sones por toda la aeronave. Apresuraron el paso, y al entrar en la cabina presenciaron el revuelo nervioso de sus compañeros que se repartían entre la pantalla televisora, los mandos y la placa deslustrada del detector.

—¡Ya lo tengo, Harry! —anunciaba entonces la voz del profesor Daniels, atareado en centrar el objetivo del telescopio de largo alcance.

Accionando el conmutador de mando, lanzó hasta la pantalla auxiliar la imagen captada por el instrumento óptico, una vez orientado según las indicaciones del detector, y la voz de uno de aquellos hombres de Kaoni, el llamado Roni, que juntamente con el capitán Charles Somerville eran las máximas autoridades en radar y detección, anunció serenamente:

—Identificado. Esfera plateada a 82. 000 kilómetros de distancia.

Un detector terrestre, operando a aquellas alturas y a tales distancias, acaso habría sido incapaz de percibir la solitaria esfera enemiga que les rondaba, y el hecho de que así fuera constituía una alabanza más a los maravillosos medios electrónicos de que disponían gracias al adelanto científico de los seres que ahora eran sus amigos. Pero al mismo tiempo era también significativo la consecuencia lógica que podía deducirse de tal hecho, ya que si Kaoni, con todos sus adelantos y maravillas, fue derrotado por Noidim, a simple vista podía juzgarse del poder de estos últimos, dando con ello más veracidad a las afirmaciones que el profesor Allyson había hecho con respecto a la posible presencia de los noidios en el ámbito de la Tierra.

—Debe tratarse de algún explorador avanzado —dijo Travers contemplando el punto plateado de la aeronave enemiga—, y sólo nos falta identificarlo como noidio o marciano.

—Temo que Marte no dispondrá de muchas naves para enviarlas solas por el espacio, Travers —habló Murdock—. Si hemos de dejarnos guiar siempre por el mismo criterio, en los dos casos representa un peligro para nosotros.

Un zumbido intermitente se añadió al del detector llenando la cabina con su sonido agudo.

—¡Proyectiles dirigidos sobre nosotros! —anunció Somerville

con tono excitado.

Y la natural ansiedad que apresuraba el latir de todos los corazones con la visión amenazadora de los cuatro puntos luminosos que, cual rápidos y fantasmagóricos cometas, venían al encuentro de la aeronave, quedó aliviada con las palabras de Durisan —la muchacha que hacía las veces de segundo jefe— al ordenar a uno de los compañeros:

—Listo el dispositivo de defensa a larga distancia.

Una luz amarilla se encendió en el tablero de mandos como respuesta a las palabras de la amazona y mientras los tripulantes ocupaban sus puestos, mientras Murdock, Enoka y Lester Doc acompañaban al sargento Morris hasta la sala de artillería, una especie de niebla blanquecina semejó envolver al navío sideral oscureciendo las pantallas de televisión que constituían el medio óptico habitual para comunicarse con el exterior.

Una lámina de vidrio deslustrado —radar auxiliar—, mostró a los seres que ahora ocupaban los puestos de control de los lanzacohetes, la posición exacta de los cuatro proyectiles que proseguían su veloz carrera a través del espacio. Hubo un fruncimiento de cejas en Enoka como si íntimamente dudara de la eficacia del dispositivo de defensa conectado, y que la hizo exclamar:

—Atentos para hacer fuego en caso de necesidad. Apuraremos hasta el último segundo antes de disparar.

Para los terrestres, menos acostumbrados a aquellas circunstancias de la nueva guerra, resultaba extraña la tranquilidad y sangre fría de los hombres de Kaoni en contraposición al instintivo temor que a ellos les embargaba. Conocían por propia experiencia el poder terrible de las armas noidias, y sabían también que cualquiera de aquellos segundos que Enoka pensaba apurar podía ser el último de su existencia.

Minúsculas gotas de sudor perlaban sus frentes y los puños se cerraban sobre los mandos con movimientos nerviosos.

—¡Atención!

La voz de la amazona llegó a sobresaltarles. Casi no se dieron cuenta de que en la pantalla detectora se apagaban los cuatro puntos blancos que señalaban a los proyectiles enemigos y sólo volvieron a la realidad con el leve estremecimiento que sacudió a la aeronave como epílogo breve de un peligro que bien pudo aniquilarles.

—Sala de artillería —llamó un altavoz—. Habla cabina de mando.

Por primera vez parecían advertirse signos de emoción en las palabras de Durisan, cuando relataba el final del ataque no presenciado por ninguno de los que se hallaban en el puesto de disparo de los torpedos.

—Regresen a la cabina —terminó Durisan—.

Emprendemos la persecución de la esfera plateada.

De nuevo con sus compañeros, se enfrentaron con la verborrea excitada de James Tiddim que no cabía en su pellejo a impulsos de la alegría.

—¡Fantástico, jefe, fantástico! —decía—. Lo vimos claramente y hasta me resulta imposible creerlo. Uno tras otro, los cuatro proyectiles se estrellaron contra la cortina de niebla y reventaron de rabia al no poder alcanzarnos. Sus estallidos semejaron formar uno sólo, y como única huella de su existencia quedó sólo el balanceo que la onda expansiva produjo en nuestra aeronave.

Se detuvo unos instantes para considerar lo que acababa de decir y añadió pensativo:

—Y me pregunto: ¿Cómo pudo haber onda expansiva si en el exterior no hay atmósfera para transmitirla?

—Tal vez Durisan te lo aclare, muchacho —repuso Murdock—. Sabemos tan poco de los progresos bélicos de Kaoni como el día en que les encontramos por vez primera.

Sonrió la muchacha acercándose a ellos y explicó con su agradable voz:

—Empleamos un procedimiento a un tiempo sencillo y efectivo aunque sólo utilizado en casos extremos. Consiste en liberar parte de la atmósfera existente en el interior de la aeronave e impulsarla a gran velocidad en el vacío cósmico de modo que forme una especie de bloque compacto antes de diluirse rápidamente. Es un dispositivo que puede fallar si no se calcula exactamente el tiempo de lanzamiento, y su eficacia consiste en producir la explosión prematura de los proyectiles por el freno y el choque presentados por esa atmósfera artificial. Los que fueron a la sala de artillería tenían la misión de disparar en caso de que el sistema fallara, pero afortunadamente no fue necesario. Esta vez los torpedos enemigos explotaron a una distancia de cuatrocientos kilómetros, pero si la densidad de nuestra atmósfera artificial no les hubiera detenido, nuestros propios proyectiles Se habrían encargado de destruirles

estrellándose contra ellos.

—¿Qué te parece, jefe? —dijo Jimmy con ojos asombrados— Creo que es lo último que me faltaba por ver y me entero ahora de la posibilidad de detener una bomba con aire. Claro está añadió dubitativo—, que si para salvarnos hemos de sacrificar la atmósfera respirable de la aeronave... tanto importa morir de pulmonía como de cólera morbo.

Mientras Jimmy hablaba, una veloz y emocionante cacería había comenzado. La nave de Kaoni, surcando el espacio en pos de la esfera atacante que ahora se retiraba sin volver a lanzar después de su fracaso artillero, avanzaba a toda velocidad acortando la distancia que le separaba del enemigo. Inexorablemente, el tiempo fue batiendo los segundos y haciendo inútil el empleo de medios ópticos para la contemplación de la esfera, hasta el punto que bien pronto fue posible distinguirla a simple vista e identificar la característica disposición de sus ventanas redondas que tan conocida resultaba para los terrestres.

—Pero, ¿por qué no disparamos? —rugía Jimmy impaciente por comenzar la batalla.

Obligándoles a rendirse será la única forma de verificar las teorías del profesor Allyson —repuso Enoka atenta ante los mandos.

La carrera de velocidades había dado supremacía a la nave de Kaoni y ambos navíos siderales, a una distancia inferior a los cuatrocientos kilometros, pirueteaban ágiles, buscando uno el punto predominante para el ataque y eludiéndole en el último instante, el otro.

—No me explico cómo los hombres de Noidim pudieron vencer a los de Kaoni —murmuró en voz alta el general Philiph Kingston —. Creía que nuestro desaparecido *Silver Star* era el cohete más veloz que jamás contemplara, y aun aceptando la superioridad de aquellas esferas que encontramos a lo largo de nuestra ruta del éter, veo que el vehículo que ahora nos conduce supera todos los cálculos y todas las conjeturas. ¿Cómo diablos pudieron perder la batalla?

—Abrumados por el número, general —le contestó Cesia sin apartar los ojos del medidor de distancias—. Solamente porque por cada soldado de Kaoni había un centenar de noidios.

Durisan y Enoka estaban tratando de establecer comunicación con la esfera plateada, conminando a sus tripulantes para rendirse, pero el hosco silencio de sus ocupantes como única respuesta era una prueba más del desconcierto y la rabia que debía embargarles al verse doblegados por la aeronave de Kaoni. Hubo un momento en

que pareció que la batalla iba a iniciarse cuando Betty Patterson anunció:

— ¡Disparan contra nosotros!

Más bien pronto se vio que lo que en principio tomaran por proyectiles no eran sino cuatro esferillas diminutas que abandonaron la aeronave para diseminarse por el espacio mediante veloces y amplios giros.

—No lo entiendo —musitó Travers—. ¿Para que han de desalojar la esfera si no es para…

Casi al mismo tiempo los receptores de a bordo captaban un largo mensaje, que instintivamente tradujeron todos como desesperado aviso a los suyos de lo que estaba ocurriendo. Un magnetófono conectado a la radio grabó aquellas palabras en clave, pero no hubo tiempo para traducirlas porque un nuevo y aterrador espectáculo atrajo la atención de todos cuantos avizoraban por la pantalla de televisión. La esfera plateada semejó envolverse en una luz brillante con un foco rojizo en su centro; vieron claramente cómo se cuarteaba su estructura metálica, salían despedidos multitud de fragmentos y se apagaba después la explosión dando paso nuevamente a la oscuridad y al reflejo de aquellas cuatro esferillas que revoloteaban como pájaros asustados.

—Trataremos de recogerles —dijo Allyson contemplando con ojos brillantes los despojos del enemigo.

Pero también, y como si en aquellas navecillas se hubiesen colocado explosivos con espoleta de retardo, una tras otra fueron deflagrando con el paso de los segundos, la tercera de ellas cuando ya estaban dispuestos a recogerla e incluso abiertas las compuertas de la planta de botes. Su llamarada final envió una lluvia de candentes pedazos contra la estructura metálica de la nave de Kaoni, y hasta algunos de ellos penetraron por la abertura de las compuertas dañando levemente los mecanismos interiores.

—Es inútil, Allyson —dijo Enoka cuando todos se percataron del verdadero intento de los desaparecidos enemigos—. Sólo trataron de que recogiéramos a bordo unas esferas cargadas de explosivos con la esperanza de que estallaran en el interior de nuestra nave haciéndola pedazos.

—Y enviándonos a todos al infierno —agregó Jimmy.

—Por vez primera he visto acobardados a los noidios —dijo el doctor Hunter.

—Y sin embargo, desde el punto de vista militar hicieron frente

gallardamente a las circunstancias y llegaron al final como auténticos soldados —cerró el general Kingston.

El único que no pareció enterarse de nada cuanto sucedía en torno suyo fue el profesor Allyson, inclinado sobre la mesa de cálculos y atento sólo a corregir las desviaciones sufridas en la ruta. Alzó la cabeza cuando el capitán Somerville, navegante aéreo, se le acercó y dijo:

—¿Significa mucho el retraso sufrido con las actuales desviaciones, profesor?

—No lo suficiente para impedirnos que contemplemos la Tierra dentro de cuatro días, muchacho —repuso el matemático—. Y ahora —agregó dirigiéndose a todos los tripulantes—, debo repetir mi hipótesis que en breve tiempo se ha transformado en auténtica realidad. El encuentro con esta esfera, el hecho indudable de que sus tripulantes eran noidios y la posición que ocupaban en el espacio, me dan la certeza temible de que mis suposiciones no eran erróneas. Los hombres de Noidim están en la Tierra como conquistadores, y nuestros semejantes han sido destruidos o gimen bajo su esclavitud. Pregunto yo: ¿Continuamos dispuestos para proseguir el viaje de regreso?

Hubo un silencio corto, roto por la voz de George Murdock que preguntaba a su vez:

—¿Conoce acaso algún sitio a donde podamos dirigirnos, profesor?

—No, muchacho —repuso el viejo—, pero tampoco considero justo conducir a todo el grupo hacia la destrucción y hacia la muerte. No somos ningún ejército, suficiente en número para enfrentarse a los noidios con probabilidades de éxito; cierto es que tenemos armas…

—Y cierto es también que no podemos volvernos atrás —cortó Travers—, no ya como consecuencia de nuestro valor y decisión… sino porque las reservas energéticas no son tan sobradas como para permitirnos ese vagabundeo en busca de un nuevo mundo. No tenemos otra solución que ir a la Tierra.

—Hay otra, Harry —murmuró el general—, y es repetir el gesto de esos noidios que acabamos de contemplar.

—¡No y mil veces no! —tronó Murdock—. ¡Jamás consentiré en abandonar la esperanza mientras quede el más mínimo resquicio! No le conozco, profesor —reprochó duro—. ¿A qué viene esa depresión ahora y ese temor en un hombre como usted que siempre

fue nuestro aliento y nuestro consejero? Insisto en lo descabellado de sus palabras y pido a todos que alejen de sus mentes toda reflexión inoportuna. Debemos continuar; nos lo exige nuestra propia conciencia, nuestra condición de humanos y nuestro deber de cristianos. Tenemos la obligación de ayudar a los nuestros y de ayudarnos a nosotros mismos, de aceptar los riesgos y peligros… unos peligros que no pueden ser mayores que los anteriormente arrostrados durante nuestra azarosa existencia por el espacio.

Pendiente de él toda la atención, sabiéndose alentado por hombres y mujeres que se resistían a perder la esperanza íntimamente conservada dentro de ellos, que se negaban a aceptar el desaliento predicado tan inoportunamente por el profesor Allyson, Murdock continuó:

—Continúa nuestro vuelo de regreso y pido a todos valor y confianza. Vamos a luchar… a morir si es preciso; pero caeremos valientemente frente al enemigo común después de esforzarnos por derrotarle. He dicho antes que todavía estamos vivos, pero aún puedo añadir más: ¡Nosotros somos la avanzadilla a la Tierra!

CAPÍTULO III

ANGUSTIA Y TEMOR

HABIA llegado el momento crucial de su vuelo de regreso. La Tierra era visible a distancia como una prometedora estrella de salvación que les lanzara al rostro sus destellos esperanzadores, como un faro perdido entre el mar del Cosmos que les señalara el punto culminante de su ruta. Era el momento que todos estuvieron esperando y que ahora, ante la certeza de su existencia, arrancaba cosquilleos de temor en sus ánimos mientras encerrados entre las paredes metálicas de su aeronave redoblaban la vigilancia y se mantenían junto a los instrumentos de detección que exploraban el espacio, listos para advertir la presencia de cualquier peligro.

Ninguna otra alarma se había producido después del encuentro terminado con la voladura de la esfera noidia, ni tampoco se habían avistado nuevas naves del espacio que amenazaran con cortar su ruta. Si entonces fallaron los cálculos del profesor Allyson que predijera un ataque en masa, si se calmaron los nervios, renació el buen humor… y hasta hubo una andanada de pullas sarcásticas dirigidas por Jimmy contra el viejo matemático que las aceptó humildemente como expiación a su extraño y repentino pesimismo, esta vez tornaban a la angustiosa expectación del peligro y a enfrentarse con la incógnita de su propio mundo, dominado por las manos de un poderoso enemigo.

—Ahora necesitamos eludir las patrullas noidias que puedan estar al acecho —comentaba el capitán Somerville—. Recordad el mensaje enviado por aquella nave avanzada; debió ser recibido en la Tierra y estarán esperándonos.

—Con su más cordial recibimiento, capitán —musitó Jimmy.

¡Los terrestres estaban francamente desconcertados. Duchos en navegación, en adelantos científicos, en guerra y estrategia, desconocían por completo las circunstancias de los combates

fantásticos y la potencialidad de sus enemigos, sin que bastara su propia experiencia de expedicionarios del éter ni de fugitivos en el Cosmos para darles la firmeza y seguridad que necesitaban. Estaban por completo en manos de sus nuevos amigos, los seres de Kaoni, a merced de sus conocimientos y sus adelantos, sometidos a sus dictados, pendientes por completo de sus directrices y planes de batalla. Ansiaban volver, pero al propio tiempo se enfrentaban con la desagradable realidad de la presencia de los hombres de Noidim campando por sus respetos en su viejo mundo. Abandonaron la Tierra en alas del más fantástico vehículo para desempeñar un viaje científico. Regresaban ahora para no encontrar nada de cuanto dejaron allá...

—¿Conseguiremos evitarles, Harry? —preguntaba temblorosa Betty Patterson.

—Sin duda alguna, querida —repuso el ingeniero.

En todas las preguntas y respuestas se notaba la incertidumbre y la vacilación. Ninguno de aquellos hombres semejaba ser el mismo de horas o días antes.

—Hay otra cosa que me preocupa todavía más, Harry —añadió Murdock—. Es una pregunta que no he dejado de hacerme desde que aquella esfera noidia se voló a sí misma. ¿Qué clase de enemigos vieron en nosotros para llevar a tal extremo su acobardamiento?

—Tal vez fuera la extraña línea de nuestra aeronave, Murdock —aventuró Tiddim—. De sus esferas a nuestro cohete...

—En eso se equivoca, muchacho —le contestó rápido el general Kingston—. Los hombres de Noidim conocen perfectamente a la flota sideral de Kaoni desde el momento en que luchó contra ella en remotos tiempos. No, Jimmy; no podemos aceptar esa sugerencia como razón de peso.

—¿A quién temían y por quiénes nos tomaron? —balbuceó Murdock en voz alta sin que sus palabras hallaran más que un silencio ponderativo.

Y a partir de entonces las varias y distintas reflexiones de los tripulantes fueron silenciosas. No se pronunció más palabra que la necesaria para la maniobra y para indicar las marcaciones de los instrumentos de vuelo... y pasó el tiempo lento y desesperante mientras el cohete se aproximaba cada vez más, cortando las órbitas de los distintos planetas del sistema solar terrestre, navegando audaz entre la noche eterna del espacio y dirigiendo su proa hacia el azulino faro de la Tierra.

* * *

—Distancia, 1. 500. 000 —murmuró el profesor Daniels.

—Velocidad en aceleración constante, 43. 000 metros por segundo —completó Charles Somerville.

Y Enoka, la amazona que todos aceptaron como jefe indiscutible de la aeronave, tomó la palabra para exponer a sus compañeros el plan de acción:

—Necesito un cálculo exacto de la posición orbital de la Tierra para dentro de treinta y cinco minutos, profesor Daniels —pidió. Y prosiguió luego dirigiéndose a todos, cuando ya el astrónomo se precipitaba hacia su observatorio—. Vamos a introducirnos en la atmósfera terrestre con bastantes posibilidades de éxito —aseguró —. Tenemos a bordo distintos y eficientes medios para prevenirnos de todo ataque y hasta capaces de causar una sorpresa.

El profesor Daniels, estrujando nervioso entre las manos sus tablas astronómicas, se acercaba entonces a la calculadora electrónica, listo para hacer las conexiones necesarias que darían automáticamente la solución del problema planteado. Enoka continuaba hablando:

—La dotación de la sala de artillería ocupará sus puestos inmediatamente. El resto de los hombres permanecerá alerta frente a sus aparatos correspondientes. Ustedes dos —agregó señalando a Daniels y al profesor Allyson—, quedarán bajo las órdenes de Durisan, quien recibirá mis indicaciones desde la planta artillera.

Resumió brevemente el plan adoptado, expuso las probabilidades de éxito y contrapuso los riesgos v terminó concisa:

A sus puestos. Avíseme en cuanto tenga ese cálculo, profesor.

Cuando Murdock se alzaba para dirigirse en pos de Enoka, del sargento Morris y de Lester Doc hacia la sala artillera, James Tiddim le atajó con una mueca burlona y una frase de falsa compasión:

—Te llevas una buena esposa, jefe, y te compadezco por ello. No puedes imaginar lo extraño que resulta el hecho de que tengamos que aceptar órdenes de una mujer, que nos encontremos por completo en sus manos... Me asusto por tí, Murdock; cuando estéis unidos en el futuro —rió nervioso—, va a ser difícil imaginar quién será el jefe o el cabeza de familia.

—De todas las impertinencias que he tenido que soportarte, Jirmmy, ésta es la de peor gusto que he escuchado —repuso acremente Murdock con los ojos centelleantes de cólera—, y te

prevengo que no estoy en disposición de soportarla.

—Lo siento, jefe —repuso el mecánico inclinando la cabeza—. Hasta el humor evoluciona ante el peligro y las palabras resultan difíciles de contener. Tal vez por eso...

—Olvídalo, muchacho —cortó conciliador Murdock—. Pero adviérteme que te dé una paliza en la primera ocasión que se nos presente.

—De acuerdo, jefe. Me lo merezco.

La maniobra se inició tan pronto como los cálculos estuvieron listos. Devorando las distancias con su impresionante velocidad y guiada por los datos de sus indicadores, la aeronave evolucionó en el espacio buscando la zona oscura que la propia Tierra creaba con su sombra. El vuelo de aproximación se efectuaba sobre el hemisferio oscuro del planeta para escabullirse de la exploración óptica de los hombres de Noidim y ahora avanzaban rectos hacia la Tierra, frenando el impulso de los motores y sintiendo ya los efectos de la atmósfera oponiéndose con su áspero roce a la penetración del gigantesco proyectil.

A intervalos espaciados llegaban a la planta de artillería los informes de la cabina de mando dando cuenta de los cálculos efectuados y marcando exactamente la posición del astro a cuyo encuentro iban. El radar exploraba constantemente la negrura buscando al enemigo sin hallarlo...

—Pero ellos pueden detectarnos, Enoka —dijo el sargento Morris.

—Dentro de breves segundos les costará trabajo hacerlo —repuso enigmáticamente la amazona con un brillo de astucia en sus hermosos ojos.

Cuando la distancia entre ellos y la Tierra se juzgó «crítica» por la cabina de mando, la aeronave lanzó en sucesivas descargas una serie de maravillosos artefactos. Tres veces oprimió Enoka un pulsador nacarado y otras tantas, como respuesta, salieron al espacio abandonando las entrañas de la aeronave sendas descargas de meteoritos artificiales. Por grupos de treinta y a intervalos de quince segundos, aquellas noventa esterillas diminutas se esparcieron por el espacio cubriendo una vasta zona y desperdigándose velozmente a tenor del impulso que les prestaba su propio reactor individual. Cada una de ellas llevaba una máquina de «hacer ruido» con la cual levantaba una tempestad de falsos ecos que, a más de perturbar las ondas del radar noidio, creaban una faja de interferencias que alteraba las comunicaciones por radio.

—Todas las ventajas están ahora de nuestra parte —les dijo Enoka dirigiéndose a la totalidad de la tripulación por medio del teléfono interior—. Frenado nuestro avance y limitada la velocidad de la aeronave, introduciéndonos a través del cono de sombra creado por la Tierra que impide la observación óptica, heridos dé muerte los medios de detección y transmisiones del enemigo y asegurada la ruta por el armamento de que disponemos, no habrá nada que nos impida alcanzar el final de nuestro vuelo de regreso.

Todos estaban demasiado turbados para responder alguna cosa. Interiormente paladeaban la alegría del triunfo y se regocijaban por el éxito..., pero al mismo tiempo —reacción humana dentro de su contento—, comenzaban a angustiarse otra vez por lo que encontrarían en la Tierra tan pronto como pusieran sus plantas sobre ella.

—Descendemos sobre el hemisferio occidental —anunció el profesor Daniels.

—Y en él habremos de buscar nuestro escondite —le contestó Enoka—. Es esa una tarea que les encomiendo a ustedes, los terrestres, como personas más capacitadas para ello.

—Y justamente yo tengo uno magnífico, Enoka —repuso Murdock impulsivamente—. ¡El Amazonas!

—¿Tienes ya el campo de aterrizaje dispuesto, jefe? —se burló Jimmy—. ¿O acaso esperas utilizar los construidos por los hombres de Noidim?

—Tengo ya el campo de aterrizaje, muchacho. ¡El mismo río Amazonas!

Se aceptó unánimemente la sugerencia de Murdock, a falta de otra mejor, y la calculadora electrónica hizo funcionar su cerebro mecánico dando una serie de cálculos exactos que puntualizaban al segundo las posiciones y rumbos de su nueva ruta. Y en medio del afanoso trabajo de todos los tripulantes, de sus sensaciones de alegría y temor simultáneos, de sus esperanzas y angustias, de su fe en el futuro y azoramiento ante el porvenir incierto, cayó como una bomba el zumbido estridente del detector que les azotó con su anuncio de alarma.

— ¡Ahí los tenemos, amigos! —musitó Jimmy palideciendo a su pesar.

Eran las consabidas esferas, cuatro aeronaves que se precipitaban sobre ellos desde una distancia inverosímilmente pequeña, tal vez inferior a los 2.000 kilómetros. El detector captó su

presencia situándolas sobre la pantalla con la apariencia de otros tantos puntos rosados, volando en formación de combate y acercándose a toda velocidad.

— ¡Lista sala de artillería! —tronó Murdock anticipándose a las palabras de Enoka.

Mientras contemplaban fascinados el vuelo rápido del enemigo, pudieron darse cuenta de que en aquellas esferas se advertía cierta vacilación, un aire de duda que las impulsaba a efectuar múltiples maniobras antes de arrojarse contra el extraño cuerpo que sus detectores no acababan de identificar. Volaban formando un cuadrado perfecto con cada uno de los vértices ocupado por una de aquellas brillantes esferas; la escuadrilla evolucionaba torpemente, como si la transmisión entre sus distintos componentes fuera difícil, y su formación se rompía a veces costándoles algún trabajo rehacerla.

—¡Distancia, 1. 400 kilómetros! —advirtió el profesor Allyson.

—Proyectiles-cohete preparados para salir —contestó Murdock serenamente.

Fue conectado el transmisor de radio, pero desde su altavoz sólo brotaron inarticulados sonidos espantosamente interferidos por una serie de zumbidos y rechinamientos de auténticos parásitos que sólo de vez en cuando daban paso a medias frases, a palabras sueltas sin conexión alguna. Era aquello una prueba más de la eficiencia de los métodos empleados para aproximarse a un planeta ocupado por un enemigo poderoso y bien armado, y el símbolo que devolvió la tranquilidad a los ánimos menos dispuestos hacia el triunfo.

—Les hemos dejado mudos… y casi ciegos —rio Jimmy escuchando los mensajes de la radio y dándose cuenta de la dificultad de maniobra de las esferas.

La aeronave de Kaoni alteró su rumbo, elevándose medio centenar de kilómetros en una ascensión casi vertical que la llevó a situarse por encima del cuadro noidio. Desde allí, mientras sus tripulantes gozaban con los torpes movimientos del desconcertado enemigo que semejaba adivinar confusamente sus movimientos sin conseguir localizarles de un modo conciso, la voz de mando de Durisan dejó en libertad a la primera de una serie de mortíferas armas que, encerradas en sus tubos de lanzamiento, semejaban rugir de impaciencia.

—¡Tubo C-4…! ¡Fuego!…

Y un torpedo radiodirigido, impelido por el haz rojizo de las

llamas que escapaban por su tobera de popa, surcó el espacio abatiéndose inexorable sobre el enemigo, cruzando la oscuridad para dirigirse fulmíneo contra la esfera que ocupaba el vértice posterior izquierdo del cuadrado y anticipando las escenas de destrucción con el penacho de fuego que su paso trazaba en la pantalla de radar desde la cual era seguido por los tripulantes de la aeronave de Kaoni.

—¡Ahora! —chilló Jimmy.

Un relámpago se había encendido por debajo de ellos, a unos 1. 800 kilómetros de distancia, haciendo apagarse en la pantalla uno de aquellos cuatro puntos rosados que denunciaban a los noi- dios. Era aquélla una forma silenciosa y brutal de reflejar los resultados de un ataque; una luz que se apaga, un eco que deja de percibirse, un relámpago que se extingue tan brevemente como se encendió... todo ello significaba el aniquilamiento de una masa metálica, la destrucción de las maravillas encerradas en su interior y la muerte caótica de los seres vivientes que buscaron su protección y su defensa entre las mismas paredes que ya no existían.

Betty Patterson escondió la cara éntre sus manos, incapaz de seguir contemplando la pantalla y como queriendo alejar de su mente las escenas de destrucción y muerte que adivinaba. Harry Travers, su prometido, se le acercó solícito, ceñudo el rostro también, pero con el ademán resuelto del hombre decidido a luchar por el triunfo.

—No temas, Betty —le dijo dulcemente—. No corremos ningún peligro.

—¡Es horrible, Harry! —gimió ella alzando hasta el hombre sus hermosos ojos cuajados de lágrimas—. ¡No puedo apartar de mi imaginación las escenas de horror y de agonía que habrán sacudido a nuestros hermanos, a todos nuestros semejantes de la Tierra! Esta guerra es inhumana, Harry, es cruel y despiadada, sádica, aniquiladora, sin el menor resquicio de esperanza que dé paso a una luz auxiliadora, algo que exima a los vencidos de las únicas condiciones de muertos y sobrevivientes.

—Lo sé, Betty —repuso Travers—, y no creas que...

—Es una guerra tal y como cumple a las condiciones del pueblo noidio, Betty —le interrumpió bruscamente Durisan, llameantes los ojos de cólera y entenebrecido el ánimo por los recuerdos—. Es una batalla en que sólo el más fuerte alcanza la victoria cuando su poderío o las circunstancias del momento le dan una supremacía que el enemigo no puede contrarrestar. Nosotros, los seres de Kaoni,

la hemos padecido antes que los hombres de la Tierra, sabemos de sus efectos terribles y de sus consecuencias despiadadas… y todo ello ha dejado en nuestros ánimos un resquemor de odio y de venganza, una sed inextinguible de revancha, un ansia de triunfo que embota los sentimientos más tiernos y ahoga las sensaciones débiles. Nos convertimos en fieras salvajes, abandonamos nuestra condición de civilizados y buscamos tan sólo la destrucción y la muerte de nuestros enemigos con los mismos o parecidos medios que ellos emplearon contra nosotros. No damos ni pedimos cuartel; lo que ahora es victoria puede convertirse dentro de unos segundos en aniquilamiento…

—Si para esto ha servido nuestra civilización, maldigo mil veces de la ciencia que nos llevó hasta ella —renegó el doctor Hunter escuchando las palabras de la amazona.

—Hace mal, doctor —repuso Murdock—y yo disiento de su opinión porque dentro de mí late viva la esperanza de conseguir alguna vez ese mundo mejor por el que nuestros semejantes lucharon siempre.

—Esa frase fue solamente una utopía, Murdock —terció el general Kingston—. La guerra es algo connatural de los humanos… de todo ser vivo, mejor dicho, cualquiera que sea su raza y condición. Mientras quede alguno de nosotros —prosiguió— mientras exista en el Universo un bocado apetecible que despierte su codicia, hablarán las armas como argumento más poderoso y la guerra subsistirá mientras exista la Humanidad.

Una conmoción violenta agitó entonces a la aeronave atrayendo la atención de los que hablaban hacia los instrumentos de vuelo y de señalamiento. La pantalla televisora reflejaba una tempestad de relámpagos amarillos y azules, fugaces y breves, cuyo efecto se traducía en una sorda trepidación que arrancaba de sus anaqueles los objetos menudos y agitaba feroz las agujas de los indicadores.

—Se defienden —explicó lacónicamente Enoka. —Y nuestros proyectiles han detenido a los suyos.

Hasta entonces la aeronave se había mantenido en su plano superior, dominando a la formación noidia y recreándose en su desconcierto aparente. De improviso, una brazada de proyectiles fue escupida por las tres esferas sobrevivientes y los torpedos surcaron el espacio en todas direcciones buscando a los agresores en cualquier punto que pudieran hallarse. La respuesta fue lo que Jimmy llamara «fuego de contrabatería», compuesto por medio centenar de proyectiles dirigidos que devoraron los segundos en su

ruta de colisión y se arrojaron contra los mortíferos artefactos que se acercaban veloces haciéndoles estallar a cien kilómetros escasos de la aeronave, salvando a sus tripulantes y confirmándoles una vez más en la sensación de poderío de que ahora disfrutaban.

—Ha sido una descarga a bocajarro —comentó Somerville atento al radar—. Estamos demasiado cerca de esas esferas.

—Mas no por mucho tiempo —le contestó Cesia a tiempo que la voz de Lester Doc llegaba desde la sala de artillería para anunciar:

—Proyectiles listos, en sus tubos. Cálculo de trayectoria efectuado.

—¡Fuego! —ordenó Enoka.

Y sucesivamente, con el breve tránsito de los segundos, fueron extinguiéndose los puntos rosados de la pantalla a compás de los siniestros resplandores de las explosiones. La pantalla quedó limpia, la oscuridad se cernió de nuevo en torno a ellos y la aeronave prosiguió su ruta después que un breve cálculo corrigió la desviación del rumbo.

—Se trataba de sus vidas o las nuestras —dijo Enoka mirando a sus compañeros de tripulación,

Como queriendo justificarse ante Betty Patterson por la despiadada matanza.

No hacía falta tal cosa, ni tampoco la amazona podía explicarse el impulso que la empujaba a ello. Todos habían luchado contra los noidios; no había nadie a bordo que no hubiese experimentado la sorpresa de un ataque, la amenaza de una destrucción aniquiladora, el riesgo constante de aquella contienda en la que triunfaba el más fuerte. Lo sabían Murdock, Jimmy y Lester Doc que, juntamente con el teniente Alves, padecieron cautiverio en Tarjas; lo comprobaron Travers y los suyos durante la expedición que les condujera a través del éter; lo experimentaron Enoka y sus compañeras y los científicos supervivientes de su patria. Y, unidos todos, refugiados en aquel planetillo volcánico y hostil que les sirviera de tabla de salvación en el espacio, lucharon otra vez contra el enemigo común, hicieron sus planes para el regreso y anticiparon los riesgos y dificultades que les aguardaban.

Todo aquello parecía olvidado en estos momentos, cuando la aeronave se cernía sobre el Polo Sur de la Tierra y enfilaba rauda el campo de aterrizaje del Atlántico. Las amazonas olvidaban su condición de soldados para convertirse nuevamente en mujeres, los hombres se empequeñecían hasta convertirse en insignificantes

pigmeos; olvidaban los científicos su saber… y hasta Jimmy echaba de menos sus bromas y sus frases cáusticas. Solamente el temor y la instintiva angustia mermaban el valor y las facultades de aquellos seres; un miedo a lo desconocido, una sensación amarga y desconsoladora que aumentaba a medida que la distancia se iba haciendo más corta, a medida que la altura entre la aeronave y la superficie embravecida del océano disminuía. Veinte hombres y cinco mujeres regresaban a la Tierra; con ellos iban todos los adelantos de la civilización, toda la gama del saber y la ciencia, del valor y la decisión. Pero todos sus conocimientos, todas sus reacciones animosas quedaban encerradas dentro de las paredes metálicas de aquella nave y todos sus esfuerzos se estrellaban ante la sensación angustiosa de lo que podría haber más allá de aquel muro invisible, sobre las tierras y los continentes y hasta en las profundidades de aquel mar que subía amenazadoramente a su encuentro con el decidido propósito de engullirles.

CAPITULO IV

UN NIÑO EN EL AMAZONAS

LA proa de la aeronave levantó una oleada de espumas al introducirse en las aguas, hociqueó entre ellas y tornó a levantarse empujada por la velocidad. Los tripulantes, amarrados a sus asientos, sintieron la feroz sacudida y se bambolearon a compás de los estremecimientos de su vehículo aéreo mientras seguían los datos de los indicadores. La aeronave se había precipitado hacia el océano en medio de la noche; su velocidad era de 8.000 metros por segundo y el impulso la hizo rebotar sobre la agitada superficie de la misma manera que un canto rodado sobre la quieta capa de un estanque. Los saltos continuaron mientras que la velocidad disminuía, hasta que llegó un momento en que el abrazo del agua tuvo la suficiente fuerza para retener en su seno a la aeronave y la navegación aérea se convirtió en marítima mientras el gigantesco corpachón metálico cruzaba el Atlántico a modo de fantástica gasolinera, envuelta entre nubes de espuma y dejando tras de sí profunda estela en donde se mezclaban las olas con el rebufo potente del escape de los generadores de energía.

Llevados de ese impulso recorrieron aún unos 350 kilómetros antes de sumergirse definitivamente de un modo dulce y gradual, una inmersión que los tripulantes de la aeronave sintieron más por la disminución del balanceo que por las indicaciones del cuadro de mandos.

—¡Pues qué! —murmuró Jimmy—. ¿Submarinos también?

—Naturalmente, Jimmy —repuso Enoka ente la estupefacción del mecánico— ¿Acaso creía que en Kaoni no disponemos de mares?

—Aquí nos hubiera hecho falta el capitán de navío Hurbult —musitó el general Kingston—, El era el único marino de la expedición científica.

—No será necesaria su presencia, general —aseguró la amazona —. Nuestra aeronave es tan manejable bajo el agua como sobre el espacio y contamos con medios apropiados para dirigir su navegación.

Desde que las aguas del Atlántico se cerraron sobre ellos había bastado detener los generadores atómicos para poner en marcha las dínamos y motores cuya electricidad se generaba también por la combustión de materias radioactivas. Una sonda igualmente eléctrica enviaba sus ecos en todas direcciones previniendo los posibles obstáculos y su reflejo se marcaba en una diminuta pantalla cuadriculada capaz de dar al segundo la posición, tamaño y distancia de cualquier objeto que se interpusiera en su camino. Carentes de medios ópticos para la visibilidad, la navegación se efectuaba bajo el completo control de eficientes mecanismos que la aseguraban en todo instante.

—Manos a la obra, navegante —sonrió Travers dirigiéndose al capitán Somerville.

Las cartas siderales fueron suprimidas por las marítimas, conservadas entre los documentos salvados del *Silver Star*, y Charles Somerville fijó la posición del punto de caída de la aeronave, trazó la línea de la ruta recorrida sobre las aguas y marcó un nuevo punto que señalaba el lugar aproximado en que se produjo la inmersión. Le facilitaron los datos de velocidad y…

—Eso es todo —dijo al terminar su trabajo—. Aunque la navegación submarina no es mi fuerte, creo poder predecir nuestra ruta con escaso margen de error, Si mantenemos la misma velocidad, nos hallaremos dentro de siete horas frente a la desembocadura del río Amazonas; ahora estamos desligándonos al largo de las costas argentinas, a una distancia de 550 kilómetros mar adentro.

—Siete horas —murmuró entre dientes el profesor Daniels—. Para entonces será ya de día.

Y efectivamente, pasado ese lapso de tiempo, sin que mediara el

más mínimo incidente, sin que ninguna alarma turbara la paz y la tranquilidad de que disfrutaban, Mario Alves, obedeciendo un gesto de Enoka, oprimió un pulsador dejando en libertad dos boyas unidas a la nave por un cordón de plástico que encerraba los conductores eléctricos. Desde doscientos cuarenta metros de profundidad salieron a la superficie dos conos blanquiazules soportando sendas antenas, de televisión uno y de radar el otro.

—Vamos a dar la primera ojeada a su planeta —sonrió Enoka conmutando los interruptores de la pantalla de televisión.

Y la claridad encuadrada por aquel rectángulo blanco les deslumbró en principio haciéndoles lanzar una exclamación alegre. Estaban como asomados a un amplio balcón teniendo a sus plantas la superficie rizada del mar, las crestas de las olas que al deshacerse en espumas contra las boyas daban la impresión de que iban a alcanzarles con sus rociadas. Y por encima de ellas, corno línea tenue alzada en el confín del horizonte, nacía a 300 kilómetros de distancia el tono pardo de la tierra asomándose para darles la bienvenida. Sobre todo el paisaje, la luz rutilante del Sol hería la vista con destellos y creaba en todos los ánimos un hálito de impaciencia ante la contemplación del cielo azul, de las nubes blancas y de la verde- azulada superficie del mar que mediaba entre ellos y la tierra firme.

—Tengo disculpa, caballeros —sonrió Somerville. —Sólo hay un margen de error de 25 millas en mis apreciaciones y con una sencilla corrección del rumbo nos hallaremos frente a la desembocadura del Amazonas en breves instantes. ¡Eh, amigo! —exclamó al darse cuenta de que Mario Alves tenía arrasados los ojos en lágrimas—. ¿Qué le pasa? Todos estamos contentos por haber regresado a la Tierra, pero...

—Es distinto, capitán Somerville —repuso Mario con la voz quebrada por la emoción—. Hemos vuelto, sí, pero aquella tierra que divisamos... aquello es el Brasil, mi patria.

* * *

Conteniendo la mutua impaciencia, las boyas fueron recogidas después de situarse frente a la desembocadura del río, frente al gigantesco mordisco que el Amazonas daba en la tierra cercenándola en una anchura de centenares y centenares de kilómetros. Se interrumpió el zumbar de los motores y la ahora nave submarina se posó en el fondo del océano para aguardar la llegada de la noche. Se hicieron necesarias las recomendaciones de

prudencia por parte de Travers y Murdock, y todos se enzarzaron en discusiones y conjeturas, en hipótesis y planes de acción.

—Todo está igual que cuando lo dejamos —decía Jimmy—, y hasta me resisto a creer las palabras del profesor Allyson.

—Pues en ellas no hay error —aseguró el matemático—. Hemos contemplado a la Tierra en los albores de un día de.., agosto del año 2.128.

—¡Por cien millones de bujías!

—Sí, Jimmy —añadió Mario Alves riendo alegre—. Y tú tienes ahora aquellos doscientos y pico de años que pronosticaste.

—Pues... ¡pues me encuentro igual que antes, rayos!

—¿Acaso esperaba usted verse unas barbas blancas como Papá Noel, Jimmy? —le interrogó Betty Patterson.

—No, desde luego; pero ¡cáspita!, ahora que caigo: ¿Qué edad tiene usted ahora, señorita Betty? —preguntó el mecánico imitando la voz balbuciente y los gestos caducos de un auténtico y decrépito viejo.

—¡0h, y qué falta de consideración! —protestó la muchacha—. Tenga en cuenta que está delante mi prometido y que después que confiese mi edad siempre me quedará la duda de saber si está enamorado aún de una anciana de... ¡Dios mío! —exclamó verdaderamente asustada al reflexionar un poco—. ¿Será posible que yo tenga ahora 199 años?

Las carcajadas se habían estado sucediendo largo rato mientras todos computaban su nueva edad.

Parecía como si la tensión nerviosa hallara en aquel pasatiempo la necesaria válvula de escape.

—Tranquilícense —repuso el profesor Allyson, regocijado a su pesar—. Ninguno de ustedes tiene la edad que dice, sino más bien detuvo el curso del tiempo durante su viaje por el espacio y comenzó nuevamente la cuenta al regresar a la Tierra. La teoría de la relatividad nos confirma una serie de hechos incontrovertibles...

Se detuvo perplejo, deteniendo el torrente de palabras científicas que comenzaban a salir de su boca, y añadió encogiéndose de hombros:

—¡Qué voy a decirles, diablo! Dominaba o creía dominar teóricamente tales afirmaciones, pero ante la realidad práctica, llegado el momento de confirmarse la teoría de Einstein y llegada también la ocasión en que el ojo humano ha podido percatarse de esa realidad, me siento apabullado y confuso, no acabo de

entenderlo ni yo mismo.

—Está usted hecho un auténtico vejestorio, profesor —se burló Jimmy arrancando nuevas carcajadas a sus compañeros y al mismo Allyson.

Pero todos aquellos pasatiempos se terminaron; regresaron a la realidad cuando el batir metódico del reloj eléctrico les confirmó en la llegada de la noche y las primeras órdenes salieron de los labios de Enóka:

—Motores en marcha… Sonda eléctrica dispuesta… Velocidad media de inmersión.

Zumbaron las planchas de la nave, hubo un repiqueteo agudo de timbres y el primer coletazo del gigantesco pez les empujó hacia adelante con su potente fuerza. Surcaron la profundidad contando los segundos y sintiendo en sus oídos el eco taladrante de la sonda eléctrica que enviaba sus ondas en todas direcciones. Gracias a ella constataron su posición en cada momento, ya que el aparato, instalado en el centro teórico de la nave, daba sus indicaciones en los cinco sentidos: dos hacia proa y popa; otros dos hacia babor y estribor y el último hacia el fondo del mar. Se acercaron a tierra, midieron la anchura exacta de la desembocadura del río y se introdujeron en el cauce navegando a cincuenta metros de profundidad y arrastrando entre las tinieblas la boya-radar que habría de señalarles la presencia de cualquier asechanza del enemigo. Durante tres horas remontaron el Amazonas y luego, como dijo Jimmy, llegó el momento de echar el ancla. Se extinguieron las palpitaciones del motor y la nave se dejó ir hasta el fondo, incrustándose entre el cieno y el légamo eternamente removidos por la impetuosa corriente.

—Estamos en nuestro escondite —dijo Murdock.

—Bienvenidos a mi patria —cerró sonriente Mario Alves—, y que Dios nos proteja a todos.

* * *

El primer desembarco se efectuó en una luminosa mañana. Fue necesario recurrir al sorteo para designar a los tripulantes que abandonarían la nave y el azar eligió a Cesia, a Travers, el profesor Daniels y a Roni, uno de los científicos de Kaoni, para realizar la exploración que estaban planeando.

Los cuatro seres descendieron a la planta de botes y se encerraron en una de las esferillas de salvamento, se abrieron las compuertas dando paso al agua y cuando la balanza de presiones se

niveló entraron en acción los propulsores de la esferilla arrojándola primero horizontalmente y empujándola vertiginosamente hacia arriba después hasta asomar a la superficie dando la sensación de pelota despedida por formidable puntapié.

Sus compañeros les siguieron por medio de la pantalla de televisión y contemplaron sus rostros alentadores sin que ninguna comunicación mediara entre ellos. Como medida preventiva se habían prohibido los mensajes por radio salvo en el caso de suprema necesidad, y la exploración se llevaría a cabo sin que nadie supiese su resultado hasta el regreso de los expedicionarios.

—Allá van —murmuró Jimmy cruzando los dedos en ademán de suerte.

La esferilla, mientras tanto, se había remontado hasta los cinco mil metros de altura y desde allí abarcaba el inmenso panorama de la selva extendiéndose por ambas orillas del río, se cernía sobre el espejeante caudal del Amazonas, mientras sus aparatos de detección registraban el espacio en busca de las esferillas noidias. Animados por los datos en contra, sin nada que señalase la presencia inminente del esperado enemigo, la navecilla describió un amplio círculo en el cielo, jugueteó con las nubes y descendió después a 300 metros en una rápida sucesión de maniobras que sólo dejaron la leve huella de una estela blanquecina que se disolvía rápidamente entre el soplo del viento.

Sobrevolaron espesas masas de selva sin hallar nada interesante y, llegados al límite de 500 kilómetros que se habían marcado como zona final de su viaje, regresaron hacia el punto de partida, descendiendo a ras del agua para explorar detenidamente las márgenes del río.

—No imaginaba así al Amazonas —murmuraba Travers—. Por lo menos en la zona de su desembocadura era notorio el tráfico de embarcaciones.

—Tampoco hemos divisado ningún navío durante nuestra navegación sumergida, Travers —le contestó Cesia.

Las dos riberas del río iban pasando vertiginosamente hacia atrás mostrando la espesa maraña de la selva tropical que se inclinaba hasta el borde del agua. Algunas ensenadas naturales, pequeños claros y limpios arroyuelos que serpenteaban entre los árboles fueron los únicos accidentes notables... Nada que revelara signos de vida, algún rastro humano, ni siquiera ruinas.

—Daremos la vuelta nuevamente —dijo el profesor Daniels—, para ver si por lo menos nos atacan desde algún punto de esa selva.

Otra vez remontaron la corriente para acercarse al límite de los 500 kilómetros... y entonces se oyó la voz excitada de Roni que exclamaba:

— ¡Allí... allí! ¡Fíjense!

La pantalla de televisión había enmarcado un cuadro de tragedia que les espeluznó y sobresaltó a un tiempo. Claramente visible, al borde mismo de un arroyuelo que desembocaba en el Amazonas.., ¡había un niño, un mozalbete de unos catorce años!

— ¡Es de raza blanca! —fue lo único que se le ocurrió exclamar al profesor Daniels.

Pero ya Travers se abalanzaba hacia los mandos para inmovilizar en el aire la esferilla y manipulaba febrilmente para centrar con uno de los cañones de a bordo al enemigo que aterrorizaba al muchachuelo. Una especie de aparejo de pesca yacía en tierra junto al niño y el adolescente retrocedía despacio, desencajado el rostro por el terror, ante la visión de un gigantesco caimán de reposados movimientos que le estaba acorralando contra el río y avanzaba hacia él sin prisas, abriendo y cerrando sus dentadas fauces como saboreando la agonía y el espanto de su víctima. El muchacho no tenía salvación; a su espalda mugía el Amazonas, vivero inagotable de otros saurios y el arroyuelo, a su izquierda, le cerraba una de las dos salidas de flanco, ya que el otro y el frente estaban ocupados por el caimán o «alligator» que le sorprendió seguramente en un momento de descuido.

— Tente firme, chico! —gritó Travers como si el muchacho pudiera escucharle—. ¡Aguanta un instante más!

Oprimió nervioso el pulsador y de la esferilla partió una línea rojiza y rectilínea que lanzó al aire un sonido semejante al de un trallazo; sobre la rugosa piel del saurio semejó formarse una bola de fuego... se retorció la bestia con un movimiento convulsivo que mostró por unos instantes la piel blancuzca de su vientre... y luego desapareció entre una negra nubecilla que lanzaba al aire las pavesas de su horrendo cuerpo, socarrado en cuestión de segundos por el impacto de aquel rayo fulmíneo.

— ¡Abajo, rápido! —tronó Cesia.

La esferilla descendió cinco metros deslizándose de lado y fue a cernerse, girando sobre sí misma, a la misma altura de las hierbas que alfombraban el suelo. Travers y Roni abrieron impacientes la escotilla y se lanzaron por la escala tendida desde ella para recoger el inanimado cuerpecillo del muchacho, desmedrado y débil, que se había desmayado a causa del miedo. Fue providencial su llegada,

porque ya la maleza se entreabría para dar paso a nuevos saurios que, acudiendo a la invisible llamada de su compañero, cerraban sobre su fallida presa y denotaban su cólera y su rabia con el fuerte chascar de sus poderosas mandíbulas,

— ¡Un poco de agua! —pidió Travers cuando, reanudado el vuelo, depositó al muchacho sobre el diván acolchado de la esferilla.

Le atendieron solícitos mientras regresaban hasta el lugar en donde les aguardaban los suyos. Su protegido era un chico, un varón de raza blanca pese al color tostado de su piel, requemada en el rostro y curtida en los brazos y en las piernas. La configuración de su cráneo, la línea de sus facciones, todo en él denotaba a la raza blanca de características tan distintas a los brasileños que era más o menos lógico encontrar por aquellas latitudes. Vestía unos andrajosos calzones confeccionados con una tela gruesa y basta; cubría su busto delgado con una camisilla oscura y llevaba, a la espalda, ceñido por una trencilla de cuero, una especie de saco en el cual intentaba, sin duda, guardar el producto de su pesca.

— ¡Ya abre los ojos! —exclamó alegre el ingeniero.

El chico les miró sin pizca de susto paseando sus embobados ojos por todos los detalles de la esferilla antes de fijarlos en los cuatro rostros inclinados sobre el suyo. Luego tuvo un estremecimiento convulsivo, como recordando el susto pasado, y entreabrió los labios al escuchar las palabras de Cesia, la deslumbrante amazona que le sonreía amistosa:

—No tengas miedo; estás entre amigos.

La muchacha, llevada por la costumbre, le había hablado en inglés y el chico, confuso, articuló unos sonidos extraños, habló en un lenguaje sonoro y duro… se expresó con cortedad y miedo…

—¿Qué ha dicho? —preguntó impaciente el profesor Daniels—. ¿Qué demonio de idioma habla?

—Habla en noidio, profesor Daniels —repuso la amazona, tan asombrada como sus compañeros—. Hasta a mí me cuesta trabajo entenderle y no sé si traduciré bien sus palabras. Ha dicho que era verdad lo que le contaron… ¡que nos esperaba!

—¿Que nos esperaba, dice?

—Eso creo; no estoy muy segura de haberle interpretado bien —se excusó Cesia.

El niño les sonreía; alzó una mano buscando la de Cesia y otra para agarrar la de Travers y oprimió ambas con nerviosa fuerza

mientras de sus labios brotaban apresuradas las palabras en una andanada rápida y desconcertante.

—Insiste en lo de antes —tradujo Cesia a sus compañeros—. Que era verdad... ¡QUE NOS ESPERABA!

CAPITULO V

ATAQUE CONVERGENTE

LAS palabras de Murdock retumbaron como una bomba en medio del profundo silencio:

— ¡Puede ser cierto lo que dice ese chico... debe ser cierto aunque sólo tengamos un pequeño resquicio para cogernos a ello!

Los terrestres habían ido de asombro en asombro... Primero fue el regreso veloz de la esferilla, el anuncio de su hallazgo por el sistema de colocar al muchacho frente a la pantalla de televisión de forma que desde la nave sumergida pudieran contemplarle, llenándoles de impaciencia en los minutos que duró la inmersión vertical de la esferilla y su introducción posterior por las abiertas compuertas de la planta de botes; luego hubo que aguardar segundos interminables a que las bombas expulsaran el agua, y toda la dotación en peso se abalanzó por la escalerilla para recibir a los que descendían de la plataforma de plástico que sujetaba la diminuta esfera El pequeño fue recibido en volandas, trasladado a la cabina de mando en sucesión asombrosa de movimientos vertiginosos, y luego el auditorio cayó implacable sobre Travers y los suyos apresurando su relato, impacientes por saber, ávidos por llegar al final.

—Y eso es todo—terminó el ingeniero una vez hubo relatado el resultado de su exploración, la aventura corrida por el chico y la muerte del saurio que le amenazaba—. Lo sorprendente vino después, cuando el muchacho habló en noidio diciendo que nos estaba aguardando. Cesia nos tradujo sus frases y está segura de haberlo comprendido bien.

—En efecto —aseguró la amazona—. En principio dudé, naturalmente, pero ante la insistencia de aquellas palabras hube de rendirme a la evidencia. Claro está —titubeó—, que cabe suponer que el chico esté trastornado por el miedo, y que...

—No lo creo, Cesia —rebatió el profesor Daniels—. El chico está bien y no demostró asustarse ante nada de lo que estaba viendo. Incluso nos sonrió como amigos,... siendo así que somos bastante diferentes a los hombres de Noidim.

—Veamos qué dice el chico —apremió Murdock—. Háblale, Enoka; tú y tus compañeros conocéis el noidio mejor que nosotros. Pregúntale por su nombre, el de sus padres si aún los tiene, su pueblo, su ciudad...

—Calma, Murdock; habrá que ir por partes.

Se dispuso un magnetófono y en su cinta quedaron grabadas preguntas y respuestas.

—Veamos —interrogó dulcemente Enoka. —. ¿Cómo te llamas?

—Kade venoc délo.

— ¡Vaya nombrecito! —suspiró Jimmy.

—Se equivoca, Jimmy —contestó riendo la amazona—. Acaba de decirme que tiene hambre.

A partir de aquí todo fue más fácil. El chiquillo se humanizó después de devorar con ansia los manjares que le trajeron; sus modales dejaban bastante que desear en cuanto a urbanidad y modos y hasta tuvo un gesto final que causó la hilaridad general: se restregó el estómago con ademán satisfecho y chascó goloso la lengua como agradeciendo el convite. Le asaetearon a preguntas y para cada una de ellas hubo su correspondiente respuesta, tejiendo una historia un tanto confusa y enrevesada, pero que les dio una idea sucinta de cómo era el mundo al que acababan de regresar. El chico se llamaba Dao-Dao, y al igual que sus padres y otros muchos seres semejantes había nacido en aquella región del Gran Río. Se ocupaban en el trabajo; era el único medio de que disponían para seguir viviendo, ya que una vez cada «doosi» (mes) venían las grandes esferas a llevarse lo extraído, y los hombres sufrían grandes castigos si la cantidad asignada a cada uno no se satisfacía íntegramente.

—Esto me huele a Tarjas —dijo Jimmy en cuanto le dieron la traducción—. Otra vez esclavos, como en aquel maldito planeta.

—Lo más sorprendente de todo —arguyó el profesor Allyson—, es ese primitivismo al que parecen haber retrocedido los terrestres bajo el dominio de los hombres de Noidim.

Continuó el interrogatorio. El muchacho describió a los noidios como hombres altos, fuertes y poderosos, como señores de la Tierra y del espacio y dueños absolutos de vidas y haciendas. Él vivía en una pequeña población no muy distante del arroyuelo en donde le encontraran; formaba parte de una colonia que fue transportada allí hacía muchos «kora, kora» (años) para ocuparse en la extracción del molibdeno y wolframio en las ricas minas descubiertas por los noidios. Eran como unos «exa noso noso» (cinco millares) los mineros arracimados en aquel rincón de la selva amazónica, un grupo de familias que no conocían otra patria ni tenían más voluntad que la de sus amos noidios.

—¿Por qué dijiste que nos esperabas? —preguntó Enoka.

Brillaron intensamente los ojos del chico y se atropelló con la respuesta. Su convicción venía de tiempo atrás, desde cuando él no

tenía más que diez años; cierta vez contempló el vuelo rápido de una aeronave, de una esfera de color azul que tras cernerse unos instantes en el espacio se posó luego sobre las aguas del río.

De su interior salieron unos hombres de tez morena y pelo rubio. Los vio muy bien cuando se quitaron el traje de cristal que llevaban.

—¿Trajes de cristal? —se extrañó Kingston—. Los noidios usan unas armaduras muy diferentes.

—Y la descripción que nos hace el chico difiere mucho del aspecto acostumbrado en ellos. ¿De qué raza o procedencia serían esos seres? —preguntó Murdock.

La respuesta del muchacho les dejó suspensos. Según él aquellos seres eran de la Tierra y llegaban del cielo después de un viaje muy largo. Permanecieron dos días con los mineros de aquella zona y prometieron volver pronto, muy pronto, con un ejército que derrotaría a los noidios y les expulsaría del planeta que usurpaban. Los noidios, en un encuentro que tuvieron con los extraños seres llegados del cielo, experimentaron una fuerte derrota; alcanzados por los poderosos rayos de sus adversarios, se convirtieron en humo y pavesas mientras que sus propias armas resultaban inútiles contra los trajes de vidrio de sus oponentes. Sólo después que aquéllos se marcharan, cayó sobre la población minera una expedición de castigo; se llevaron a muchos hombres y mujeres, sus padres entre ellos, y nadie desde entonces les había vuelto a ver jamás. Los mineros odiaban a los hombres de Noidim, que eran crueles y despiadados, y concibieron una esperanza maravillosa después de la visita de aquellos extraños seres del cielo. Pero pasó el tiempo sin que regresaran, sin que llegara a la Tierra el ejército prometido por ellos, y la luz de la esperanza se apagó en todos los pechos aunque no en el suyo. Creyó sus palabras, aceptó su promesa de volver algún día y hoy, cuando abandonó furtivamente el poblado con ánimos de conseguir abundante pesca con que saciar su hambre, contempló las evoluciones de la esferilla que dominaba el espacio y el río; suspenso ante la visión no se dio cuenta del peligro que le amenazaba a sus espaldas, pero después de haber visto retorcerse al saurio bajo los efectos de aquella terrible arma, sintió acentuarse su convicción de que los seres que tripulaban la esferilla eran los que él esperaba, los que cierta vez prometieron enviar su ejército para derrotar a los noidios.

—Hay mucho de infantil en ese relato, Murdock —resumió el general Kingston—, Es indudable que no se puede dar crédito a la fantasía desbordada del chico y que estamos tan a oscuras corno al

principio.

Y entonces fue cuando George Murdock, impetuoso, profirió aquellas palabras que asombraron más a sus compañeros que el propio relato del muchacho.

—Yo opino en contra, general. ¡Puede ser cierto lo que dice ese chico… debe ser cierto, aunque sólo tengamos un pequeño resquicio para cogernos a ello!

—Expliqúese, Murdock —pidió escuetamente Daniels.

—Mi argumentación es muy débil, pero sirve de base para una hipótesis aceptable. Recuerden todos nuestro combate con aquella esfera avanzada noidia. Se defendieron bien, pero prefirieron volarse a sí mismos antes que permitir su captura. Recuerden también que alguien dijo: «Es la primera vez que he visto acobardarse a los noidios».

—Ese fui yo, Murdock —aceptó el doctor Hunter.

—Y aceptarán sin ningún género de duda la pregunta que yo mismo hice, una pregunta dirigida a todos y que nadie supo contestar: ¿Qué clase de enemigo vieron en nosotros? ¿A quién temían y por quiénes nos tomaron?… Fíjense bien: «¿POR QUIENES NOS TOMARON? »

Les miró a todos, dejando que interiormente sospesaran aquellas palabras y encontró una respuesta distinta en cada rostro: Incredulidad en el general Kingston, escepticismo en Allyson, interés en Hany Travers, ansiedad en Betty Patterson, alegría desbordante en Jimmy, esperanza en los hombres y mujeres de Kaoni, emoción en Somerville, nerviosismo y afán de lucha en Morris, Finnegan, Kelly, el doctor Hunter, meditación en el viejo Daniels…

—¡Cien millones de bujías! —estalló el mecánico—. ¿Qué hacemos aquí parados cuando hay una población relativamente cerca? Yo voy contigo, Murdock; haremos nuestra primera incursión sobre la Tierra, sobre esa tierra que todos anhelamos pisar de nuevo.

—Calma, Jimmy —cortó George—. Haremos esa incursión, ciertamente, pero antes hemos de tener en cuenta una serie de importantes detalles que nos serán relatados por el simpático huésped que tenemos a bordo. ¿No es cierto, chico? —agregó, acercándose al muchacho que le sonreía sin comprenderle—. Presiento que tú y yo vamos a ser grandes amigos y que has encontrado otra vez a tu familia.

* * *

Las cuatro esferillas semejaron desprenderse de las nubes en un vertiginoso descenso que las llevó a introducirse entre la maraña de vegetación impenetrable que sombreaba las dos márgenes del río. Unos instantes permanecieron quietas, girando sobre sí mismas y rozando las copas de los árboles, y al punto, como polos eléctricos de signo contrario que se repelen, se dispersaron en varias direcciones cubriendo entre ellas una zona de 300 kilómetros cuadrados y desaparecieron luego, engullidas por la masa de la selva que las hizo desaparecer en su seno.

Una de ellas, la que tomó tierra junto al arroyuelo que fuera escenario del rescate de Dao-Dao, se inmovilizó bajo los troncos robustos de un bosquecillo de sicomoros y por su abierta escotilla surgieron las fantasmales figuras de George Murdok, de Enoka, Jimmy y del sargento Morris, embutidos en sus férreas escafandras y privados del de respirar el aire caliginoso de la selva en prevención de los peligros que pudieran encontrar. Aislados del mundo, dentro de sus trajes melódicos y sus cascos transparentes, Murdock dio por radio la contraseña establecida:

—Silver-dos en el punto acordado. Inicio el avance.

Al momento le contestaban Silver-uno (Travers), Silver-cuatro (Anderson), y Silver-tres (Mario Alves), dando sucesivamente el enterado y la noticia de que igualmente se disponían a converger sobre la población minera, avanzando sobre ella desde los cuatro puntos cardinales como resultado del detallado plan que de común acuerdo habían establecido.

—Vamos allá —ordenó Murdock encabezando la corta fila.

Sabían que a dos kilómetros de distancia se alzaban las chozas de la población y sabían también que en el centro de la plazoleta que presidía sus calles existía un edificio metálico, que albergaba a la pequeña guarnición noidia encargada de velar por la seguridad y el orden de la colonia minera; de valorar el producto del trabajo de los obreros y de reprimir los brotes de rebeldía, de administrar «justicia» y sentenciar sus vidas. Allí estaban los transmisores que establecían la comunicación con el grueso de las fuerzas… y posiblemente los detectores que a estas horas habrían advertido ya la presencia de extraños en la selva. Dao-Dao aseguró a los terrestres que la guarnición noidia era reducida, sólo «sai loe» (veintitrés) hombres plenamente confiados en las poderosas armas de que disponían.

—¡Silver-cinco ocupando su posición —zumbó la radio—. No

hay rastros de detección.

Instintivamente alzaron la vista al cielo para toparse con el túnel de ramajes que se cernía sobre sus cabezas. No importaba; más arriba, escondiéndose entre las nubes algodonosas que alfombraban el cielo, estaba Silver-cinco, la esferilla tripulada por el profesor Allyson, por Lodia, el general Kingston y el mecánico Kelly, realizando su misión de cobertura y exploración aérea y listos también para advertirles de cualquier peligro o contingencia adversa que pudiera ocurrir.

Durante su marcha por la selva, Jimmy hizo un descubrimiento, algo que él ya conocía y que no parecía haber cambiado mucho en el cumplido siglo que llevaban ausentes de la Tierra.

—¡Mira, Murdock —exclamó—. ¿Te acuerdas de la anaconda de hierro?

¡Se refería a la cinta metálica que, elevada sobre rodillos, formaba un camino circulante entre los árboles. Era un brote del pasado el que tornaba hasta ellos... La anaconda de hierro, como la denominaron un día los indígenas amazónicos que les acompañaran en la ruta de Marte, fue el escenario de su primer encuentro con los seres de otro mundo llegados a la Tierra. Y ahora, cuando erguidos sobre la cinta sin fin se dejaban llevar hacia las profundidades de la selva, tornaban a su memoria los recuerdos agolpándose presurosos. El aeródromo de Tapac perdido en el «infierno verde»; la simpática figura de Francisco Moreira, el comisario brasileño de asuntos indígenas; Willy Rochester, su desaparecido compañero... hasta todos aquellos que en otro tiempo formaran la «Murdock Mail Line» que tan desgraciada inauguración tuviera.

Desembocaron de improviso en un amplio claro, cubierto por una entretejida red metálica extendida sobre las copas de los árboles. La cinta metálica terminaba allí para nacer de nuevo en el otro extremo, junto a la chata edificación de paredes macizas y amplio techo que parecía presidir el calvero.

—Esto debe ser el campo de aterrizaje de las esferas noidias —murmuró el sargento Morris. Y cambió ¡bruscamente el tono de su voz para advertir—: ¡Cuidado, Murdock!

De la achaparrada construcción habían brotado las altas figuras de dos noidios, cubiertos con refulgentes armaduras y sujetando en las manos sendos fusiles. Parecían ventear el aire y se detuvieron sorprendidos al distinguir a los terrestres que no habían tenido ocasión de ocultarse. Jimmy fue el primero en disparar y su fusil atómico envió una diminuta granada hacia los noidios; su puntería,

debido al nervioso pulso, no fue muy eficiente y la explosión retumbó atronadora esparciendo sus ecos sobre la selva y lanzando polvo y tierra sobre los hombres de Noidim al reventar a treinta metros frente a ellos.

Aprovecharon la pausa para arrojarse al suelo entre las malezas que rodeaban el claro. Un mensaje de aviso cruzó las ondas previniendo a los restantes grupos, y recibieron la respuesta de Silver-cinco que les advertía:

—A todos los grupos: Se ha dado la alarma en la población y hemos captado un mensaje pidiendo ayuda. Continuamos la vigilancia después de haber prevenido a la aeronave para que tenga lista su artillería.

Silver-uno llamó a Murdock dándole cuenta de su situación:

—Habla Travers; estamos acercándonos a la población por el Oeste sin que se divise ningún rastro del enemigo.

Todos aquellos mensajes se cruzaron mientras se disgregaba lentamente la nube de humo de la explosión atómica que momentáneamente había tendido una cortina de protección entre ambos contendientes. El segundo disparo lo hizo Enoka, con un arma desintegradora, y su trallazo rojo alcanzó de lleno al noidio más avanzado desmenuzándolo en menudas pavesas y obligando a su compañero a refugiarse en la edificación de donde salieran. Murdock dio la orden de desplegarse para avanzar… y entonces retumbó una nueva explosión delante de ellos. Humo y llamas brotaron de la maciza construcción y sus fragmentos se diseminaron por el claro bajo la forma de candente lluvia. El camino había quedado libre de enemigos después de su autodestrucción, y los terrestres se miraron estupefactos sin acabar de comprender aquella actitud que tan sorprendente les resultaba en los noidios.

—¿Por quiénes nos toman? —murmuró instintivamente Morris —. ¿Qué fuerza ven en nosotros?

Una breve pausa para comunicar y casi inmediatamente alcanzaron las primeras casas de la colonia minera; eran bastas chozas construidas de ramaje y troncos y techadas con manojos de paja amarilla. Algunas parecían a punto de derrumbarse de puro decrépitas y todas ellas traslucían miseria y podredumbre, amontonamiento infecto, existencia miserable.

—¡Atención! —gritó Enoka.

Un mosconeo profundo se percibía en el aire y al mismo tiempo casi vieron brotar un dardo ígneo de la construcción semiesférica

que presidía la plazoleta de la colonia. Era aquel un edificio cuya altura sobresalía de entre las chozas y que dominaba todos los accesos desde la cúpula transparente que lo remataba. Desde allí había salido el rayo de fuego cuyos efectos sintieron bajo la forma de una onda expansiva de inconmensurable fuerza. Se vieron derribados al suelo mientras matorrales y troncos comenzaban a arder en torno suyo; algunos tejados lanzaban al aire blancas humaredas… y de improviso un concierto de chillidos y clamores de espanto llenó las callejuelas. Un tropel de mujeres y niños, de hombres de todas las edades, de viejos decrépitos que casi no podían andar, se desparramó ante los terrestres buscando en la selva la salvación de sus vidas. Las armas noidias abrieren grandes claros entre ellos mientras que Murdock y los suyos se veían imposibilitados de disparar por no aumentar la matanza de terrestres.

—Silver-tres pasa al ataque —zumbó entonces la radio.

Y el grupo formado por Mario Alves, Cesia, Roni y Lester Doc dio fe de su presencia con las descargas de sus armas atómicas que levantaron una tempestad de explosiones al otro lado de la aldea y arrancaron nuevos aullidos a la masa de fugitivos. Poco después eran Silver-uno y Silver-cuatro los que se añadían a la lucha, y en cuestión de minutos un fuego convergente se abatía sobre la comandancia noidia llegando hasta ella desde cuatro direcciones distintas.

La tempestad de fuegos y explosivos se desplazaba en ambos sentidos, de la comandancia a la selva y de la selva a la comandancia, haciendo que a los pocos minutos de iniciarse la lucha quedaran arrasadas las chozas, desbrozadas y cubiertas de cenizas grandes porciones de selva y cubierto por un techo de humo el calvero que ocupaban, un humo que se elevaba a lo alto escapándose por entre los intersticios de la red metálica extendida allá en lo alto,

—¡Vamos por ellos! —gritó Murdock sobreponiéndose al estruendo de las explosiones, —. ¡Hay que impedir que vuelen la Comandancia!

Protegidos por el fuego de flanco que hacía el grupo Silver-cuatro, Enoka y Jimmy se adelantaron unas yardas hasta ocupar una posición dominante entre las ruinas de unas chozas calcinadas por las llamas.

Un trallazo del fusil desintegrador de la muchacha pulverizó a los dos noidios que intentaban salir, y los explosivos que aquellos

desgraciados portaban detonaron fragorosos destruyendo el arco de entrada a la comandancia y lanzando hacia lo alto buena parte de la fachada.

—¡Ahora es el momento! -—dijo por radio el sargento Morris dando la orden de asalto a todos los grupos.

Y se vio surgir entre el humo y la maleza las figuras fantasmales de los terrestres enfundados en sus brillantes armaduras, disparando sus armas y arrojando granadas explosivas contra la semidestruída comandancia, A sus pies se abrieron surcos en el suelo con los disparos enemigos, se vio vacilar primero y doblarse por las rodillas después a Lester Doc mientras su armadura comenzaba a arder, escucharon una tremenda detonación por el lado que ocupaba, Silver-cuatro... y después se encontraron cabalgando sobre las ruinas de la entrada, empuñadas las pistolas eléctricas —arma terrible para el combate a corta distancia— y buscando afanosos a los últimos defensores noidios.

—¡Cuidado, Travers! —aulló Jimmy previniéndole.

El ingeniero giró rápido sobre sus talones, a tiempo para lanzar una descarga contra el gigantesco soldado que se abalanzaba sobre él esgrimiendo una granada... y suerte tuvieron todos con que el explosivo no fuera nuclear, ya que de otra, forma no habrían salido tan bien librados. Así y todo, la onda expansiva les golpeó con fiereza sacudiéndoles dentro de sus armaduras, rompiendo las placas transparentes de los cascos y averiando los transmisores de radio. Luego se fue haciendo lentamente el silencio, el humo se hizo menos espeso a medida que disminuía la intensidad de las llamas, y sobre los terrestres se cerró el cerco asustado y ansioso a un tiempo de los pobladores de la colonia minera que contemplaban atónitos las ruinas humeantes del edificio que simbolizaba para ellos el poder y la opresión despiadada.

Hubo gritos de júbilo y exclamaciones alegres que los terrestres parecieron no escuchar. Con gesto amargo y mirada dura contemplaban los restos esparcidos de cinco cuerpos, los vestigios intangibles casi de cinco de sus compañeros reducidos a la nada por el impacto de las armas noidias: Lester Doc, del grupo Silver-dos, y Charles Somerville, el profesor Daniels, Paul Anderson y John Finnegan, todos los hombres que integraron el grupo Silver- cuatro.

—Silver-cinco a todos los grupos —zumbó la radio—. Transmito mensaje de la aeronave que da cuenta de la presencia de esferas voladoras a una distancia de 4.000 kilómetros. Disponen de cuarenta y cinco minutos para retirarse.

Harry Travers les miró serenamente a todos, vio en sus compañeros la misma decisión y se anticipó a sus deseos contestando:

—No vamos a retirarnos, Silver-cinco. Intentaremos defendernos aquí, protegiendo a dos o tres millares de terrestres recién liberados. Convendrá que la aeronave abandone el lecho del río para darnos cobertura aérea. Que se dispongan para la batalla.

—Y que Dios nos ayude a todos —añadió Mario Alves estrechando las manos de Cesia en muda despedida—. No hay más alternativa que triunfo o muerte.

—¿Tienes miedo, Betty? —preguntaba Travers a su prometida.

—Un poco, querido; pero se me pasará estando a tu lado. No dejes los hombres de Noidim nos cojan vivas, George —pidió Enoka a Murdock.

Fueron unas emotivas y breves palabras entre las tres parejas que un día creyeran hallar su felicidad en la Tierra. Una despedida corta que les aseguraba una existencia mejor después de la muerte.

CAPITULO VI

LUCHA EN LAS MINAS

CON toda rapidez, aprovechando al máximo el tiempo de que disponían, fueron despachados cuatro hombres para hacerse cargo de las respectivas esferillas, remontarse al cielo y unirse al Silver-cinco quien las convoyaría hasta la aeronave. Se perdieron quince minutos gritando y dando órdenes a los eufóricos y al mismo tiempo asustados habitantes de la colonia minera, alegres de una parte por el triunfo de unos seres que consideraban como sus libertadores, y temerosos por otra de la expedición de castigo que a buen seguro vendría contra ellos para repetir unas escenas que ya conocían de antemano.

Pudo, al fin, establecerse una especie de tregua en el griterío, encauzar a la gente en apretadas columnas y poner al frente de ellas a una pareja de terrestres con la orden de ser conducidos hacia las minas que hasta entonces explotaran por cuenta de los noidios. Por radio mantuvieron el contacto con sus compañeros en vuelo y lanzaron un suspiro de alivio ni recibir noticias concretas: La aeronave había abandonado el refugio submarino del Amazonas y tornaba por sus fueros de vehículo aéreo elevándose rápidamente en el espacio listo para presentar batalla; había recogido a bordo a las cinco esferillas y estaban ahora atiborrando de armamento dos de ellas, llenando los huecos que su tripulación no necesitara y disponiéndose a remitirlas nuevamente hacia la jungla,

—No nos vendrá mal ese refuerzo de armas   musitó Jimmy.

Desgraciadamente, se necesitaba personal a bordo para mantener en funcionamiento la sala de control y la planta de artillería; eran precisos cuanto menos ocho hombres... y habían perecido cinco, lo cual daba un total disponible de doce para defenderse en las minas.

—Roni tomará el mando de la aeronave —ordenó Enoka por radio—. Con él se quedarán nuestros compatriotas y el profesor Allyson. No pierdan el contacto con nosotros en ningún momento. Llamaremos, Silver-uno a la aeronave y Silver-dos a las minas. Las esferillas encargadas del transporte de armas serán Silver-tres y Silver-cuatro.

Betty Patterson se había negado rotunda a regresar a la aeronave

si Harry se quedaba en las minas, y hasta el profesor Allyson acató entre reniegos la orden de Enoka, aunque tuvo palabras de aliento para todos y les expresó, antes de partir, sus anhelos de victoria. Después de todo aquello, quedaron siete minutos para agotar el plazo de los cuarenta y cinco fijados para la aparición de las aeronaves enemigas, y todo se redujo a aguardar, ocultos entre sus nuevas posiciones.

Los yacimientos de wolframio y molibdeno servían ahora de refugio a los terrestres. Apretujados en sus largas galerías se apiñaban hasta dos millares de ex-esclavos, hombres, mujeres y niños, entre los cuales había cierto número de mocetones en disposición de luchar y un cúmulo ingente de seres que pedían armas para defenderse. Fue necesario calmar los ánimos y contener los nervios, hasta que una llamada de la radio anunció el envío de las dos esferillas cargadas, al mismo tiempo que pedía la nueva posición de los terrestres. Añadían también los datos de la exploración efectuada:

—Silver-uno en vuelo de patrulla. Tenernos localizado al enemigo en la pantalla. Una esfera plateada a 8.500 metros de altura y 1.600 kilómetros de distancia. Ellos nos han visto igualmente y parecen temer nuestra presencia.

—Abandone la cobertura, Roni —ordenó Enoka—, y destruya a esa aeronave. Interrumpa el combate si comprende que se trata de una estratagema para alejarles de aquí.

El aterrizaje de las dos esferillas se realizó sin incidentes. Los dos vehículos voladores se introdujeron entre el ramaje para alcanzar el pequeño claro que se abría ante las galerías de las minas y comenzaron la descarga del armamento entre los gritos jubilosos de los liberados. En total se repartieron doscientas pistolas eléctricas y setenta fusiles atómicos, además de numerosos explosivos y granadas. Sacaron también una emisora de radio de gran alcance y dos aparatos de detección que se instalaron inmediatamente en la boca del pozo principal. Luego se distribuyó a la gente, se refugiaron los niños y mujeres en lo más profundo de las galerías... y otra vez comenzó el compás de espera que mediaba hasta la aparición del enemigo.

—Esto me recuerda la última guerra en que participé —contaba Jimmy en un intento de distraerles—. Luchábamos contra los japoneses y se hacía necesario aguardar horas enteras antes de que se decidiesen a salir de sus agujeros. Por lo que veo, el mundo no ha cambiado mucho desde entonces, pese a que han pasado casi

doscientos años, y los hombres de Noidim tienen también mucho de japoneses.

Murdock hablaba con uno de los liberados, sirviéndose de Enoka como intérprete de las frases que no entendía; era un joven llamado Keno, nervioso y fuerte pese a la delgadez de su cuerpo y en cuyos ojos se leía la admiración que la presencia de los terrestres despertaba en él. No, nunca conoció otra tierra que aquella que pisaban ahora y también sus padres vivieron allí. El período de existencia del hombre actual de la Tierra era breve; tardaban poco en sucumbir a las enfermedades ocasionadas por la desnutrición, el maltrato y el trabajo agotador, cuando no eran los propios noidios quienes se encargaban de acelerar el final con sus ejecuciones y castigos. Los hombres más viejos de la colonia contaban que en otros tiempos, centenares de años atrás, los hombres vivían libres de la presencia de sus actuales amos, eran otras su lengua y sus costumbres, su cultura y civilización...

—Es cierto, Keno —contestaba Murdock— y también lo es que ya entonces nos preocupábamos por encontrar un mundo mejor sin parar mientes en el resultado a que nos podían conducir nuestros desenfrenados manejos. Suspirábamos por la libertad y ansiábamos extenderla a todas las naciones del planeta; vivíamos en continua tensión disputándonos con palabras y hechos solapados la supremacía mundial, temíamos y ansiábamos a un tiempo la guerra y trabajábamos incansables en la consecución de nuevas armas en una carrera impresionante que adelantaba con gigantescos pasos nuestra civilización y nuestra destrucción.

El joven liberado no acababa de comprender los amargos recuerdos de Murdock e insistía en las circunstancias actuales de su vida. Era necesario trabajar duramente so pena de recibir un castigo, pero las revueltas y sublevaciones eran frecuentes dado el trato que los noidios daban a las mujeres de sus esclavos, considerándolas como un objeto más del que podían desprenderse cuando ya no les hacía falta. Y todavía latía en aquellos seres esclavizados el sentimiento de la caballerosidad y el honor, que era ahogado con ríos de sangre.

—¿Desde cuándo padecéis esta esclavitud?

Keno no podía precisar el tiempo. Muchos, muchos años. Todo se perdía entre las nubes del pasado para dejar vivo sólo el presente. Sólo podía decir que eran una colonia de un gran continente llamado Kantros, que sus nombres y lengua eran noidios y que no conocía otra forma de hablar y de expresarse, dudando

también de que en otros tiempos lo hicieran de distinto modo.

—¡Y estos japoneses que no vienen! —se desesperaba Jimmy mientras tanto Travers y Kingston instruían rápidamente a sus nuevos soldados en el sencillo manejo de las armas entregadas y les obligaban a apuntar al cielo para no dar ocasión a que un accidente desgraciado originase una catástrofe.

—¡Silver-uno llama a Silver-dos! —zumbó inopinadamente la radio.

—¡Aquí, silver-dos a la escucha! —repuso Enoka tomando prestamente el micrófono—. ¡Hable, Silver-uno!

—Hemos derribado a la esfera noidia sin experimentar pérdidas ni averías a bordo —repuso la voz tranquila de Roni—. Se trataba de un explorador avanzado que pudo informar a los suyos de nuestra presencia en el aire. En estos momentos nuestros aparatos han detectado a una flotilla de ocho esferas a una distancia de 10.000 kilómetros y a una altura de 25.000 metros. Espero instrucciones sobre el particular.

Enoka consultó a sus compañeros como pidiéndoles su opinión, y fue Travers el primero en romper a hablar:

—Ordene que rehúya el combate, Enoka, y que vuelva a sumergirse en el Amazonas. Una llamada nuestra le dará la señal para intervenir cuando sea necesario… o para evacuar a los supervivientes en la lucha.

—Así se hará, Travers —repuso la muchacha viendo que la sugerencia era aceptada por todos.

—Ya vienen —anunció luego a los liberados—. Dentro de breves instantes llegará sobre nosotros la primera oleada noidia. Para entonces os pido todo vuestro esfuerzo y todo vuestro valor, porque de nuestra defensa depende tal vez el porvenir, no solamente de las mujeres y los niños que os acompañan, sino también del mismo planeta que nos acoge ahora.

Lo que jamás imaginó Enoka es que sus palabras habían de resultar proféticas con el tiempo, más hasta entonces mediarían horas trágicas y situaciones desesperadas que exigirían de todos toda la valentía y el espíritu de lucha encerrado en sus corazones.

El primer anuncio del ataque noidio fue el concierto de explosiones que levantaron espesas columnas de humo sobre la selva, cerniéndose en lo alto y sofocando bajo su nauseabundo olor las ruinas de la colonia minera y de la comandancia, a cuatro kilómetros del lugar en donde se hallaban refugiados. Fue aquélla

una andanada salvaje, como si los atacantes quisieran por una parte aniquilar a quienes pudieran esconderse entre los escombros de sus míseros hogares y advertir por otra a los supervivientes cuál era la suerte que les aguardaba.

Una sombra fugaz interceptó durante unos segundos los rayos del sol, y cuando los defensores de las minas levantaron la cabeza contemplaron la imponente mole de una esfera plateada suspendida a 1.600 metros de altura sobre el claro de la selva y mirándoles fijamente con los ojos redondos de sus ventanas. Desde su ventajosa posición pareció abarcar de una ojeada todo el conjunto de las defensas y luego, girando vertiginosamente sobre sí misma, desapareció rápidamente tal vez para dar la noticia a las restantes aeronaves.

—¡Nos van a triturar! —gimió Jimmy palideciendo intensamente.

—iSilver-dos llamando a Silver-uno— fue la respuesta de Enoka ante la radio—. Prepárense para disparar proyectiles dirigidos a 1,500 metros de altura sobre Silver-dos.

Y aquella orden les devolvió momentáneamente la tranquilidad al considerar que también ellos contaban con una poderosa aeronave encargada de velar por su defensa.

—No lograrán su intento sin que les hagamos bastante daño, Jimmy —aseguró el doctor Hunter, brillantes los ojos por la excitación.

Por el frente, a un kilómetro de distancia, se incendió la selva como resultado de la explosión de dos torpedos y entre, el crepitar de las llama llegó hasta ellos el chasquido seco de las rama, y el gemir de los troncos al ser derribados. Una masa negra atravesó el humo y se inmovilizó en tierra para comenzar seguidamente su plan da ataque. Era una esfera noidia, convertida en fortaleza, que se emplazaba con todas sus armas frente a la posición de los terrestres y que, apenas inmovilizada, comenzó a lanzar los trallazos secos de sus cañones enviando contra las construcciones de las minas el arco devastador de sus rayos rojizos, Tierra y maleza fueron arrojadas a lo alto mientras la posición avanzada que defendían unos cincuenta liberados se convertía en un llameante matadero ante los ojos aterrados de sus compañeros que respondían esporádicamente con la descarga de sus fusiles atómicos.

—¡Dispara, Silver-uno! —apremió Enoka ante la radio—. ¡Distancia aproximada, 1.000 metros; posición uno-uno -cinco!

A su izquierda ocurría ahora algo semejante; otra esfera plateada

aterrizaba sobre las cenizas de la jungla y aumentaba los efectos destructores del tiro cruzando sus fuegos sobre las minas y dirigiendo sus andanadas contra los farallones terrosos que coronaban la boca de las galerías y pozos, dando lugar a enormes desprendimientos que amenazaban con cegarlos.

—¡Adentro todos! —ordenó Travers, empujando a los defensores que guarnecían las entradas—. ¡Adentro o nos sepultarán!

Los últimos en retirarse —¡Murdock y Enoka que llevaba la emisora— fueron los únicos en percibir el atronador silbido que, cayendo desde lo alto, se sobreponía al estruendo de la batalla. Un fugaz rastro de humo blanquecino surcó el espacio y vino a abatirse con precisión matemática sobre la esfera que ocupaba el frente de sus posiciones. El estallido final conmovió el suelo a modo de fulmíneo terremoto y en todas direcciones volaron fragmentos incandescentes, pedazos de blindaje, ramas y troncos, mezclado todo con el humo negro, la tierra y las partículas de cuerpos despedazados. Pero aquella defensa no hizo sino empeorar las cosas: seis esferas se apretujaron en el cielo sobre el pequeño claro de la selva y descargaron un turbión de explosivos que barrió de la superficie todo vestigio de defensa y defensores. El calvero se ensanchó como por arte de encantamiento y la selva retrocedió en amplio círculo dejando atrás los despojos carbonizados de sus troncos y arbustos, los surcos, rojizos de la tierra removida y el polvo y las cenizas aniquiladoras.

En el interior de los yacimientos se registraban escenas de pánico que ni siquiera los esfuerzos y el valor de Murdock y los suyos bastaban para cortar. De lo más profundo de los pozos salían los alaridos de espanto de las mujeres y los lloros aterrados de los niños, las voces angustiadas que pronunciaban nombres, los gritos de auxilio que resonaban entre la oscuridad. Aquella última descarga del enemigo vino a agravar todavía más las cosas. Al destruir todos los edificios e instalaciones de la superficie, en el interior de los yacimientos comenzaron a ir mal las cosas. Falló la energía eléctrica y se apagaron todas las luces, se detuvieron los trenes de vagonetas que hasta entonces habían utilizado para transportar a la gente a lo largo de las galerías, y unas tinieblas impenetrables y densas se adueñaron de los yacimientos transformándolos en un inquietante laberinto por cuyos pasadizos rondaba la muerte.

—¡Trate de remediar la avería, Travers! —pidió Enoka—, Debe existir alguna central auxiliar de energía en el interior de las minas.

—¡La encontraré, caso de que la haya —aseguró Travers—. Ven conmigo, Keno —añadió.

Los momentos eran de relativa seguridad para los atacados. Parecía como si los noidios intentasen salvar los yacimientos como único objetivo de interés para ellos y aguardasen a que sus defensores, cegados por los desprendimientos, socarrados por el fuego y quebrantados por las explosiones, se entregaran sin resistencia.

—Te acompañaré, Harry —agregó Betty Patterson asiendo la mano del pequeño Dao-Dao que no se separaba de ella un solo instante.

Guiados por el débil resplandor de una Linterna eléctrica fueron avanzando por las galerías, esquivando el choque con los grupos de gentes que se arremolinaban al verlos, que les zaherían con insultos e injurias considerándoles como causantes de todas sus desventuras. El cono de la luz revelaba una serie de rostros espantados y coléricos, brazos amenazantes y bocas rugientes, que no bastaban a calmar las sensatas palabras de Keno y las súplicas de Betty.

—Los humanos seguimos siendo las mismas fieras de siempre —comentó despectivo el ingeniero, conteniendo los impulsos que le llevaban a arrojarse contra aquella turba rugiente.

Caminando en pos de Keno alcanzaron la negra abertura del pozo principal. La linterna recorrió su circunferencia hasta descubrir la serie de escalones de hierro empotrados en su pared vertical junto a los cables del inmovilizado ascensor, en cuya jaula estaba aprisionado un grupo de gente que chillaba desesperadamente.

—Hay que bajar —dijo el muchacho—. En el fondo encontraremos lo que estáis buscando.

Betty Patterson, asustada, se negó a quedarse arriba y siguió a Travers en el descenso. Uno tras otro, fueron salvando los escalones metálicos y profundizaron doscientos metros a lo largo de una peligrosa bajada. Aún tuvieron que calmar los ánimos de los prisioneros en el ascensor y prometerles inmediata ayuda, y por fin se vieron en el fondo del pozo, en la plataforma desde la cual arrancaban cinco galerías en pendiente pobladas ahora por las sombras fantasmagóricas de mujeres y niños aniquilados por el espanto y que clamaban lastimeramente al divisar la débil lucecilla que revelaba la presencia de Travers y sus acompañantes. Un destello metálico reveló la línea de cables eléctricos adosada a una de las paredes y la siguieron presurosos hasta alcanzar una oquedad

abierta en el mismo pasadizo que encerraba dos enormes dínamos y un cuadro de distribución de fuerza.

Harry la inspeccionó brevemente a la luz de la linterna, ajustó una conexión destrozada, repuso los fusibles que saltaran a consecuencia del cortocircuito y accionó las palancas del conmutador, murmurando instintivo una plegaria… Saltó una fugaz chispa de los contactos eléctricos… y la luz renació en galerías y pozos siendo saludada por un huracán de gritos que tenían ahora tanto de jubilosos como antes tuvieran de terror y cólera. Cedió el pánico con la claridad y el sonriente Travers vio en torno suyo un apretado rebaño de sollozantes mujeres y niños que le vitoreaban como al héroe que acababa de conseguir un resonante triunfo.

—Regresemos arriba —murmuró presuroso el ingeniero.

En la plazoleta encontraron vacío el ascensor que descargara en el fondo al grupo aprisionado en él y que les sirvió de vehículo para regresar donde les aguardaban Enoka y Murdock, el general Kingston y el doctor Hunter, inclinados sobre los detectores que volvían a funcionar gracias a la energía eléctrica que poseían en la mina,

—Jamás hizo nada más oportuno como el conectar la corriente, Harry —aseguró Murdock—. ¡Vea esto!

La pantalla estaba salpicada de multitud de puntos rosados que se movían despacio al centro del retículo graduado que en aquel caso era la posición que actualmente ocupaban los defensores.

—Son los hombres de Noidim que avanzan hacia la mina —explico Enoka—. El claro de la selva debe estar ahora ocupado por su infantería… Los tenemos a 150 metros por encima de nosotros y van a llevarse un nuevo escarmiento contando con que nuestra aeronave se encuentre todavía en disposición de hacer fuego.

Tomó el micrófono del transmisor y llamó apresuradamente, palpitante el busto a impulsos de su entrecortada respiración:

—Oiga, Silver-uno; Silver-dos llamando desde control. El enemigo está iniciando el asalto a las minas. Lance una descarga de proyectiles sobre nuestra posición y no teman por nuestra suerte. Estamos enterrados a bastante profundidad.

Le contestó la voz premiosa de Roni, inquieto por la suerte que pudieran correr y confirmó la recepción de la orden para dejar paso al tono chillón del viejo Allyson, que preguntaba ansioso por las circunstancias de la lucha y daba noticias alentadoras.

—Hemos cazado a otra esfera noidia. —les dijo. —Los malditos

han averiguado con bastante exactitud el punto que nos sirve de refugio y nos someten a un terrible bombardeo. Pero ¡cosa extraña!, los proyectiles no nos causan el menor efecto. Diríase que el agua es la mejor coraza defensiva que nos protege.

— ¡Animo, profesor! —le contestó Murdock—. Nosotros nos aguantamos bien, con pocas pérdidas, aunque en realidad el verdadero combate no haya comenzado todavía.

Se cerró la comunicación y minutos después temblaba el suelo mientras del techo de las galerías y de las paredes de los pozos se desprendían grandes masas de tierra. Eran los efectos de las explosiones que debían estar azotando la superficie y cuyo resultado se marcaba de un modo apreciable en la pantalla del detector a juzgar por el número de puntos rosados que desaparecían como barridos por una gigantesca escoba. En el claro de la selva debía estar desarrollándose una terrible matanza entre los noidios por obra de los dos centenares de proyectiles que, lanzados desde unos tubos sumergidos en el seno del Amazonas, buscaban primero la altura para abalanzarse después como aves de presa sobre los movibles objetivos de la infantería y las inmóviles masas de las esferas plateadas.

—-Todavía hay esperanza —dijo el doctor Hunter.

—-Hace tiempo que estoy esperando un milagro, doctor —aseguró Betty con voz fervorosa.

—Pues mientras llega —sonrió Murdock—-, voy a inspeccionar los puestos de defensa.

Arriba, inmediatamente después de las aberturas que se introducían en la tierra señalando el principio de las galerías, estaban Mario Alves, Cesia, Durisan, Lodia, el sargento Morris y James Tiddim, guarneciendo junto con medio centenar de liberados el acceso a las zonas inferiores de la mina. Se habían atrincherado en los recodos y en la plazoleta en donde arrancaba el ascensor y la línea de raíles para las vagonetas, y provocaron nuevos desprendimientos para cegar a medias los caminos que conducían a la superficie.

—¿Quién está con las tropas de reserva? —preguntó George a su llegada.

—Kelly bajó hace un rato para distribuirles en sus puestos —repuso Mario.

—Pues será conveniente que alguien más le ayude. Vaya usted, Morris... y tú también, Jimmy. Quiero que las plantas inferiores

estén preparadas para resistir en caso de que aquí arriba no podamos contener a los noidios.

Obedecieron los dos hombres, y poco después se escuchaba de nuevo el fragor de las explosiones aproximándose por momentos.

—Parecen trabajos de zapa —indicó Alves.

Y uno de los liberados que, juntamente con Lodia, se había adelantado hasta el límite externo de las galerías regresó sujetando contra su pecho el cuerpo ensangrentado de la amazona y gritó con voz estentórea:

— ¡Los hombres de Noidim están entrando en la mina!

Un grupo corrió hacia la entrada galopando en pos de Murdock y Mario Alves. Cesia y Durisan se inclinaron sobre el destrozado cuerpo de su compañera e hicieron un gesto negativo al darse cuenta de que no tenía salvación. La metralla había dado su feroz dentellada en su costado y la vida se le escapaba a raudales juntamente con la sangre que manaba a borbotones.

—Dejadme… —murmuró agonizando—. Hay gue… vencer a Noidim… salvar a… la Tierra y… y vengar a… Kaoni…

Se extinguieron sus palabras a tiempo que una formidable explosión lanzaba contra el grupo una avalancha de tierra.

—¡Atrás! —ordenó Murdock regresando cubierto de polvo y sangre—. ¡Son más de un centenar los que han entrado!

El teniente Alves agarró por el brazo a su prometida y la obligó a retroceder juntamente con los supervivientes del grupo destacado. Desde la plataforma del ascensor, Durisan apuntó su fusil desintegrador contra la vanguardia noidia que acababa de aparecer por la galería y lanzó contra los cinco hombres que avanzaban la descarga potente de los rayos cósmicos de su arma. Dos granadas atómicas volaron también hacia ellos y el acceso quedó cegado momentánea-mente mientras la jaula metálica descendía hacia el fondo.

La auténtica lucha acababa de comenzar.

CAPITULO VII

DEFENSA DESESPERADA

DESDE la primera planta de galerías comenzaron a salir los disparos de los defensores. Como medida preventiva habían enviado arriba los ascensores y retirado a la gente hacia el interior, y bien pronto pudo apreciarse el buen sentido de tal medida, ya que por las aberturas de los pozos comenzaron a caer andanadas de explosivos que levantaban en el fondo acres emanaciones y lanzaban negras humaredas. Los hombres de Noidim invadían metódicamente las minas; un grupo compuesto por tres o cuatro hombres avanzaba a cubierto del fuego enemigo, merced al derroche de explosivos que lanzaban sus compañeros y una vez asentados en una posición dominante se aferraban a ella para facilitar desde ella el avance del grueso.

Gritos y disparos, trallazos secos y fugaces llamaradas de las pistolas eléctricas se mezclaban con el fragor sordo de las explosiones y la vaharada ardiente de los gases. Ayes, gemidos y exclamaciones de rabia y amargura punteaban trágicamente el avance, y la sangre regaba generosamente las paredes y el suelo de los pasadizos como jalones visibles y huellas patentes de una serie de encarnizados combates en los cuales se daban de lado las armas para desahogar la rabia y el encono acumulado durante largos años de opresión y dejar que fueran las manos, las uñas y los dientes quienes se encargaran de despedazar al enemigo que la suerte ponía a su alcance. Terrestres y liberados luchaban como fieras acorraladas. No daban ni pedían cuartel y proseguían la batalla mientras les era posible, intentando tal vez con su defensa a ultranza conseguir unas condiciones honrosas de rendición aplicables tan sólo a las mujeres y a los niños que, indefensos e inocentes, se apiñaban en las galerías inferiores adivinando el horror y la destrucción que se enseñoreaban de pasadizos y pozos.

¿Llegó un momento en que se vieron dominados por los noidios,

vencidos por la impetuosidad del avance y empujados hacia atrás por el poder de sus armas. Para entonces, los defensores eran sólo vagas siluetas tintas en sangre y embadurnadas de polvo, cubiertas con los andrajos de armaduras y trajes, arañados los rostros y heridos los cuerpos; unos hombres en quienes sólo el espíritu se mantenía firme y la desesperación les daba el aliento necesario para proseguir una lucha que francamente veían perdida de no mediar un milagro, un milagro como el que pedían las oraciones de Betty Patterson e imploraban los corazones angustiados de sus compañeros.

—¡Atrás todos! —ordenó nuevamente Murdock comprendiendo que la resistencia era inútil—. ¡Refugiémonos en los pasadizos inferiores!

Habían perdido mucha gente, tal vez un par de centenares de hombres… Pero eran incontables los cadáveres noidios que alfombraban los pasadizos de la planta de galerías que ahora se abandonaba a su dominio; eran muchos más los muertos amontonados frente a los improvisados parapetos, despedazados por las terribles granadas atómicas o fulminados por el candente rayo de los fusiles desintegradores.

Treinta y dos eran ahora los que defendían el acceso al pozo principal y entre ellos se hallaban Murdock, Travers, Jimmy, Enoka, Betty, Kingston y Morris. Destrozado el ascensor y acribilladas de impactos las paredes del pozo, era necesario que unos cuantos se quedaran para cubrir la retirada del resto, para distraer al enemigo mientras aquéllos descendían por los escalones de hierro empotrados en la tierra.

—Yo me quedo —dijo Murdock.

—Cuénteme a mí también, Murdock —ofreció resueltamente el general.

—Y a mí —añadió decidido Travers.

—Ustedes se retirarán, compañeros —aseguró George—. Hay otros puntos que defender y nuestra presencia anima a los liberados. No hay tiempo para discutir —agregó, cortando la protesta—. Irán abajo para ayudar a Mario Alves y a su grupo a defender el pozo secundario. Tal vez allí hagan más falta.

—Obedecieron a regañadientes, y uno a uno fueron desfilando hacia el pozo dejando a Murdock acompañado por tres de los terrestres liberados,

—Tú también, Enoka —añadió el norteamericano al ver que la

muchacha se retrasaba.

—Trata de impedir que me quede, George —desafió la amazona.

Y súbitamente, como si toda su energía y todo su valor hubieran desaparecido, se refugió entre los brazos de Murdock sollozando amarga mientras él acariciaba sus revueltos cabellos sucios de tierra.

— ¡Pobre muchacha! —suspiró dulcemente George—. ¡Y pensar que deseábamos el regreso para sentar los cimientos de nuestra felicidad!

— ¡No me importa morir a tu lado! —repuso ella.

—Lo sé, Enoka, pero me sublevo instintivamente ante la idea de la muerte aunque sólo sea como protesta contra ese destino adverso que nos priva de cuanto apetecíamos. Yo había deseado para ti todas las bellezas de la Tierra, ansiaba la vuelta para poner a tus pies todo cuanto con mi esfuerzo pudiera alcanzar, quería contemplarte mujer y no soldado... y esto último es lo que he conseguido aunque haya sido al final.

Una terrible explosión los devolvió a la realidad. Murdock se desasió bruscamente de los brazos de la muchacha para empuñar su pistola eléctrica y casi no percibió la fugaz caricia de Enoka que unió brevemente sus labios a los suyos murmurando una frase de cariño.

—Se acercan, Murdock —advirtió Keno.

—Déjalos venir, muchacho —repuso el yanqui. —Les prepararemos un buen recibimiento.

Se apostaron a ambos lados de la galería, teniendo a sus espaldas la negra y humeante sima del pozo principal, y prepararon sus armas y sus granadas. Fallaba el alumbrado en muchos tramos de la mina; también aquí dejaba mucho que desear la iluminación, compuesta solamente por una rojiza bombilla que únicamente servía para establecer una especie de contraste entre el fulgor llameante de los incendios y el resplandor lívido de las explosiones,
—¡Quietos! —contuvo enérgico Murdock a los dos hombres que se disponían a lanzar las primeras granadas.

Y tras el soplo de la onda expansiva que lanzó hacia el pozo una avalancha de tierra y piedras percibieron el rumor cauteloso de unos cuerpos arrastrándose sobre las rugosidades del pasadizo, tintineo metálico y una especie de silbido procedente de los detectores noidios.

—Nos ventean antes de aventurarse —murmuró George.

Ordenó refugiarse a su gente haciéndose entender por gestos precipitados, y desde sus improvisados escondites presenciaron la aparición de cinco noidios cubiertos por las escafandras habituales en ellos con el foco rojizo en la parte superior de sus cascos. El enemigo se adelantó unos pasos y se detuvo cuando el silbar de los detectores les reveló la presencia del enemigo.

—¡Ahora, amigos! —chilló Murdock con voz estentórea.

Y los trallazos secos de las pistolas eléctricas surgieron desde los dos lados de la abertura al mismo tiempo que un paquete de granadas era enviado hacia el interior del túnel provocando con su explosión terrible un derrumbamiento parcial que aislaba a la avanzadilla noidia del resto de sus compañeros. Casi al momento, antes aún de que los desconcertados atacantes llegasen a reaccionar, los cuerpos surcaban el espacio con saltos felinos para lanzarse a la lucha cuerpo a cuerpo contra los tres supervivientes. George Murdock vio ante él la alta silueta de un noidio, a contraluz de la débil claridad que alumbraba la plazoleta. Contempló durante unos segundos aquel rostro inexpresivo de ojos sanguinolentos y áspero vello rojizo. Los orificios que en ellos hacían las veces de nariz se dilataban y contraían velozmente denotando quizás la rabia que consumía a aquel cuerpo y las manos se agarrotaban sobre la culata del fusil que subía rápidamente para centrar en su punto de mira el bulto informe del atacante.

George no le dio tiempo; no supo cómo ni de qué manera se encontró abrazado a su cintura pugnando compensar con su esfuerzo la alta estatura de su contrincante e intentando al mismo tiempo desviarle el arma. Se vio zarandeado con violencia, pero no soltó su presa, antes bien enroscó sus piernas en torno a los muslos del noidio y se contrajo violentamente para descargar todo su peso en el brazo armado. La lucha tomó todos los aspectos de un combate primitivo; menudearon las patadas y los golpes, los impactos demoledores y las exclamaciones guturales. Nada parecía capaz de vencer la fortaleza de aquel gigantesco soldado y otro tanto debía ocurrirles a sus compañeros a juzgar por el pandemónium de gritos y golpes que llenaba la plazoleta, haciendo eco a las explosiones que al otro lado del derrumbamiento de la galería intentaban abrir un nuevo paso que permitiera continuar el avance del grueso.

Fue una circunstancia casual lo que permitió a Murdock derribar en tierra a su enemigo; enzarzados en su lucha vinieron a chocar contra otra pareja de combatientes o tal vez contra un montón de ellos, y el noidio perdió el equilibrio derrumbándose de espaldas y

llevándose detrás al norteamericano. George extendió instintivamente el brazo para prevenirse del golpe… y sintió erizarse sus cabellos cuando su mano encontró tan sólo el vacío, haciéndole comprender que se hallaban junto al borde mismo del pozo principal. Se escurrió hacia atrás, deslizándose sobre el cuerpo que comenzaba a incorporarse, y le ganó la acción por cuestión de segundos. Cuando el rostro airado del hombre de Noidim se adelantó desde el suelo para buscar de nuevo a su enemigo… encontró tan sólo un pie y una pierna que, desde abajo hacia arriba, iniciaban el más terrible puntapié que jamás pudiera propinarse a un ser vivo. Toda la fuerza y la rabia que animaban a George Murdock parecieron reconcentrarse en aquella mortal patada, guiando su pie a modo de primitivo proyectil hasta hacerle chocar contra el cuello y la barbilla del hombre de Noidim. El norteamericano experimentó unas angustiosas náuseas escuchando el chasquido que denotó la fuerza del impacto, pero lo que más sobrecogió su ánimo fue el infrahumano grito que todavía pudo escaparse de aquella garganta cuando ya el gigantesco corpachón, perdido su equilibrio, se doblegaba violentamente hacia atrás despeñándose por la boca del pozo para estrellarse contra el fondo.

Sólo entonces pareció recobrar Murdock el dominio de sí mismo y giró rápido para buscar un nuevo enemigo. No lo encontró; al pálido reflejo del foco lumínico sólo pudo distinguir cuerpos tendidos en las más extrañas posturas y un par de temblorosos hombres de la Tierra, que, como asustados de la terrible carnicería que habían causado, miraban con miedo hacia la oscura galería obstruida por los escombros.

— ¡Enoka! —gritó George al no distinguir a la muchacha.

Lanzó un sollozo desgarrador al contemplarla luego, tendida de espaldas bajo el cuerpo fláccido de un noidio, cerrados los ojos y pálido el hermoso rostro. Sangraba por la nariz y oídos y sus salpicaduras rojas se mezclaban con el blancuzco líquido que escapaba por la horrible herida que desgarraba la escafandra y el pecho del cuerpo desplomado sobre ella.

— ¡Está viva! —tornó a gritar, dirigiéndose a aquellos dos hombres que no parecían comprenderle.

Apartó como pudo aquel cadáver y tomó en brazos a la muchacha para acercarse al pozo.

— ¡Vámonos de aquí! —les ordenó, apretando contra su pecho a la amazona cual si fuera el más valioso de los tesoros—. ¡Al pozo!

Una mano agarró su tobillo, y al bajar la cabeza divisó el maltrecho cuerpo de Keno, quien sólo pudo alzar otra vez la mano en ademán de saludo antes de expirar, antes siquiera de llegar a pronunciar una sola palabra. Vociferó nuevamente Murdock, y uno de los hombres se desplomó hacia adelante, quedando inmóvil en el suelo mientras por debajo de él iba extendiéndose la sangre, manando impetuosa de las heridas que hasta ahora le permitieran mantenerse en pie. Sólo su acompañante pudo obedecer y comenzó el descenso agarrándose con fuerza a los peldaños de hierro. Tras él bajó Murdock, manteniendo sobre su hombro el inerte cuerpo de Enoka, y escuchando casi al mismo tiempo las voces alentadoras de los suyos que desde las galerías inferiores les daban ánimos para el descenso, y la explosión atronadora cuya voz potente semejaba advertir a los terrestres que el paso estaba nuevamente abierto y que los hombres de Noidim se disponían a continuar la lucha.

* * *

La resistencia duraba ya siete horas y los defensores terrestres podían calcularse aún en unos 1.500 en el momento en que Harry Travers tomaba el micrófono para comunicar con Silver-uno, mientras el doctor Hunter atendía a Enoka después de cerciorarse de que las heridas de rasguños de George Murdock no representaba ningún riesgo inmediato.

—Silver-dos al habla. Responda, Silver-uno.

—Le escucho con dificultad, Silver-dos —repuso la voz del profesor Allyson—, porque los hombres de Noidim tratan de interferir nuestra onda.

—Continuamos la resistencia, poro no podremos aguantar mucho tiempo más, profesor. Estamos metidos en una auténtica ratonera y los noidios nos empujan cada vez más hacia el fondo. De los ocho pisos de la mina poseemos todavía cinco a costa de grandes pérdidas. Comienza a inquietarnos la falta de agua y alimentos, aunque nadie protesta. Solamente nos conforta el magnífico espíritu de estos hombres y mujeres a quienes nosotros mismos hemos condenado a morir.

—Estamos tratando de ayudarles, Silver-dos —repuso el profesor —, y dado que nada podemos hacer con nuestros torpedos dirigidos, se ha decidido emplearlos de modo efectivo. Silver-uno va a abandonar su refugio y lanzarse a la lucha abierta.

—¡Eso es una locura, profesor! —reprendió Travers—. Sálvense ustedes ahora que todavía están a tiempo!

—No, muchacho; vamos a luchar también, a morir con vosotros si es preciso. Los hombres de Kaoni que me acompañan así lo han decidido también, y además tenemos aún ciertas posibilidades de triunfo que debemos aprovechar. Nuestro detector nos informa de que hay cinco esferas plateadas sobre el claro de la selva; hemos captado diversos mensajes pidiendo refuerzos y dando detalles de la lucha y por ellos comprendemos que tampoco los noidios están sobrados de gente. Conocen aproximadamente nuestro refugio, nos han bombardeado sin éxito repetidas veces y hasta ahora tenemos sobre el río una esfera de vigilancia. Deséennos suerte de la misma forma que nosotros se la deseamos a ustedes. Intentaré darles noticias acerca de nuestra actuación.

Se cerró el contacto. Travers informó brevemente a sus compañeros de los belicosos propósitos que animaban al profesor Allyson y a los suyos, pero nadie pareció hacerle mucho caso, atentos unos a las explosiones que venían de arriba y otros, como Murdock, pendiente del diagnóstico del dóctor Hunter que reconocía detenidamente a Enoka.

—Lo siento, Murdock —dijo—, pero no puedo hacer gran cosa por el momento. Ella está grave, pero tengo esperanzas. Debió sufrir un fuerte golpe que le ha producido una conmoción, aunque el cráneo no presenta ningún rastro de fractura. La salvaremos... si los noidios y la Providencia nos dan ocasión.

—Pero, doctor...

—Lo siento, Murdock. Pero tal vez Enoka recobre el conocimiento por sí sola cuando la presión sanguínea que oprime el cerebro vaya aminorándose. Tenga calma muchacho; he hecho todo cuanto estaba a mi alcance.

En el breve plazo que mediaba hasta la reanudación del combate, en aquellos minutos o siglos que tardarían los noidios en abrirse paso hasta las galerías inferiores, fueron llegando las noticias desde todos los puntos de la mina que todavía se hallaban en su poder. Un mensajero comunicó que Mario Alves y su grupo —Cesia, Durisan, Jimmy, Morris y Kelly, además de los terrestres liberados—, habían conseguido rechazar dos ataques antes de verse forzados a la retirada. El sargento Morris se quedó atrás para cubrir la retirada del grupo que guarnecía el grupo secundario y dejó entrar a los noidios para volarse juntamente con ellos, provocando el derrumbamiento total de las galerías que conducían hasta allí.

Otra víctima más para añadir a la terrible lista de las bajas. Otro muerto en el grupo de aquellos supervivientes del espacio que tras

arrostrar peligros sin cuento y salir triunfantes de todos los riesgos venía a perecer en las entrañas de la Tierra, del planeta por cuyo regreso suspiraban tantas veces. Lester Doc, Richard Daniels, Paul Anderson, Charles Somerville, Randolph Morris, Ninnegan, Lodia... ¿Cuántos más serían necesarios antes de que los hombres de Kaoni dieran por liquidada la resistencia?

Tal vez los sollozos de Betty Patterson, abrazada a su prometido, estuvieran originados por esos pensamientos. Acaso aquella muchacha que llevada de su cariño no vaciló en introducirse como un vulgar polizón sideral que iba a emprender la exploración del éter, considerara ahora lo baldío y estéril de su acto que, de una manera despiadada y cruel, le había dejado saborear las mieles de la felicidad para destruir una por una todas las ilusiones y esperanzas con la aterradora frialdad del negro destino contra el que se enfrentaban ahora.

— ¡Es horrible, Harry, es horrible! —sollozaba. —¿Y por qué?...

—Ten valor, Betty. —le contestó el ingeniero queriendo parecer alegre—. Sólo se muere una vez, y después de todas las aventuras y peligros que hemos desafiado era natural que algún día llegara nuestra hora como un castigo a la audacia de que siempre hicimos gala. No tengas miedo, pequeña —añadió intentando calmarla—, y considera nuestro cariño para aceptar con decisión el último momento. ¿Te consuela el que te diga lo mucho que te quiero, Betty?

— ¡Oh, calla, por favor! —gimió ella tornando a hundir su cabecilla entre los brazos de Harry Travers.

Zumbó la radio en aquellos momentos dando la contraseña dé llamada, y, establecido el contacto, entre los chillidos estridentes de la banda ele interferencia con que los noidios trataban de ahogar sus comunicaciones llegó hasta ellos la voz alborozada del profesor Allyson:

—¡Estamos ahora a 1.500 metros de altura y en estos instantes acabamos de ver desaparecer sobre la selva los restos humeantes de la esfera noidia de vigilancia!

Su voz chillona estaba ahora tremante de emoción y de triunfo al comunicar algo trascendental aunque sin ninguna utilidad práctica.

—Tengo la convicción de haber descubierto un antídoto sorprendente contra las armas noidias. Ya antes sus bombardeos resultaron ineficaces y me pregunté si sería el agua quien nos

defendía. Esta vez, cuando remontamos el vuelo, nos saludó una andanada de cuatro proyectiles…, ¡que estallaron a corta distancia sin causarnos daño alguno, porque la aeronave estaba envuelta por la espuma y el agua!

—Algo magnífico si dispusiéramos aquí de unas cataratas del Niágara, profesor —respondió malhumorado Travers.

—¡El agua nos defiende! —continuaba Allyson. —Y estoy estrujándome los sesos buscando el modo de utilizar en beneficio propio ese descubrimiento.

—Nosotros sólo pedimos un milagro, profesor —dijo secamente Harry.

—Nos dirigimos ahora hacia la selva, a 5.000 metros de altura —informó el matemático—. No cierren el contacto; tal vez podamos darles datos de importancia para la defensa.

Se agruparon en torno al transmisor de la radio y a través de él fueron percibiendo las voces de sus compañeros, las órdenes e indicaciones de vuelo, los preparativos de combate que se efectuaban en la aeronave. El circuito perifónico estaba conectado también con la emisora y aquellos seres encerrados en la profundidad de las galerías se sintieron transportados interiormente hasta su vehículo del espacio, participando íntimamente en las incidencias de la lucha que se avecinaba. No necesitaron ninguna pantalla televisora; cerrando los oídos a las explosiones se sintieron a bordo compartiendo con Allyson, con Roni y con los suyos, los nuevos peligros contra los cuales avanzaban decididos.

—Silver-uno a Silver-dos —dijo por último la voz del viejo matemático—. Estén atentos, ¡Iniciamos el ataque!

Y a través del transmisor llegó hasta ellos la voz de Roni que despertó en sus cuerpos un instinto de lucha:

—¡Proyectiles dirigidos, en sus tubos de lanzamiento!

Una pausa breve y otra orden, concisa y seca, que fue proferida a un tiempo por todos cuantos a bordo de la nave y en el interior de la mina buscaban desesperados el azar o el milagro que había de salvarles:

—¡Fuego!…

CAPITULO VIII

LA AYUDA DEL CIELO

LA nave de Kaoni se abalanzó velozmente sobre las cuatro esferas que se mantenían sobre el claro de la selva llenando el espacio con la descarga mortífera de sus proyectiles dirigidos. La detección enemiga estaba alerta y las defensas listas, advertidas por la destrucción de la aeronave similar que estaba de vigilancia sobre el río. Sin embargo, aquel ataque tan desesperado como audaz fue acompañado de una celeridad fulmínea que sorprendió, a los navíos adversarios «calentando los motores», como hubiera dicho Jimmy Tiddim.

Las cuatro aeronaves noidias se mantenían inmóviles, girando sobre sí mismas, a una altura de 1,500 metros sobre la superficie y adoptando su clásica formación de combate —un cuadrado con una esfera en cada vértice— y los proyectiles dirigidos se concentraron sobre una de ellas haciéndola reventar entre un huracán de llamas amarillas y rojas. Gritos jubilosos llevaron hasta los sitiados en la mina la noticia del primer triunfo e Inmediatamente Roni ordenó el cambio de rumbo que les llevó a un ascenso vertical, a una velocidad en aceleración constante, hasta nivelar el vuelo a los veinte mil metros de altura, huyendo de la jauría de perros de presa de los proyectiles noidios y salpicando el cielo con las nubes negras de las explosiones originadas por los torpedos de la autodefensa que se arrojaban contra los adversarios impidiéndoles llegar al blanco apetecido.

Un factor importante había a favor de la aeronave de Kaoni y era que su velocidad resultaba ligeramente superior a la de las esferas noidias, consiguiendo con ello colocarse en posición favorable para lanzar y escapando después a la descarga de respuesta con bastantes probabilidades de éxito para sortear la andanada de explosivos cuya velocidad, con ser enorme, no alcanzaba en el momento de su salida a igualar la adquirida por el blanco contra el cual estaban dirigidos.

—¡Nos siguen! —anunció por radio el profesor Allyson dirigiéndose a los sitiados—. ¡Sobre el claro de la selva sólo han quedado dos esferas soterradas hasta su mitad en el suelo. Las tres restantes vuelan en seguimiento nuestro.

—Pero eso no priva a los noidios de los refuerzos, profesor —

repuso Travers desde la mina—. En este momento se reanuda el ataqué contra las galerías que aún ocupamos; me temo que la radio va a quedar desamparada durante algún tiempo, profesor Allyson.

En el cielo, a una altura cada vez mayor, continuó el combate entre la aeronave de Kaoni y las tres esferas plateadas que revoloteaban en torno a ella intentando cercarla. Rastros humosos marcaban el paso de los proyectiles. Las explosiones se sucedían sin interrupción lanzando sobre las pantallas televisoras sus fogonazos centelleantes. Era una lucha entre fuerzas hasta cierto punto equilibradas, una acción si se quiere contraproducente y estéril que sólo llevaba al consumo de proyectiles en grandes cantidades, sin que los resultados compensasen el derroche de fuego que se hacía por ambas partes y que sólo daría la victoria al que consiguiese agotar las provisiones mortíferas y la reserva de proyectiles del adversario tintes de agotar las suyas propias.

—¡Atienda a esto, profesor Allyson! —dijo uno de los científicos de Kaoni que estaba a la escucha después de captar en su onda los mensajes noidios—. El enemigo pide refuerzos terrestres y aéreos y les contestan diciendo que cinco flotillas se dirigen hacia aquí en su ayuda.

—Es el final —repuso tristemente el viejo matemático— y sólo lamento no encontrarme con Travers, con Murdock y con todos los demás.

Fueron vanos los esfuerzos por comunicar con la mina, y durante cuarenta minutos prosiguió el combate entre unos enemigos que se observaban mutuamente, economizando los torpedos y atentos tan solos al menor signo de debilidad del contrario para enviarles la andanada mortal. Hubo un momento de ansiedad a bordo de la aeronave de Kaoni cuando un proyectil se estrelló de costado contra su panza, abriendo una brecha en la sala de botes e inutilizando cierto número de mecanismos… Pero respiraron de nuevo al darse cuenta de que ni los medios propulsores ni la velocidad se habían alterado en lo más mínimo, y tuvieron su compensación cuando el impacto afortunado de un torpedo dirigido obligó a descender a una de las esferas, limitando las aeronaves enemigas a una pareja que se mantenía a 4.000 kilómetros de distancia, por ambos lados de sus rivales.

Minutos más tarde, pasados entre frenéticas llamadas a los sitiados, el profesor Allyson fue llamado por Roni, quien le condujo hasta la pantalla de televisión para mostrarle algo de siniestro significado.

—Ahí, están, profesor —dijo—. Son centenares, tal vez miles... y nosotros tenemos casi agotada nuestra provisión de proyectiles. Sólo nos queda el recurso de lanzamos contra ellos confiando en derribar, al menos, una aeronave con nuestro choque.

¡La pantalla, reflejando la imagen captada por el objetivo del telescopio electrónico, estaba llena de puntos negros, un auténtico enjambre de zumbadoras abejas que la imaginación agrandaba rápidamente hasta hacerles tomar la forma de esferas plateadas, de aeronaves noidias llegadas para terminar definitivamente la suicida resistencia de los recién llegados terrestres y sus circunstanciales aliados de la colonia minera del Amazonas. Dentro de pocos minutos, tal vez quince o treinta como máximo, aquella masa de aeronaves se desplomaría sobre la selva sometiéndola a un terrible bombardeo, despedazando y mordiendo la tierra, cavando enormes embudos y profundos cráteres que significarían el aniquilamiento de la vida durante muchos años. Era el final; era, sencillamente...

—¡Por cien millones de bujías! —aulló el profesor Allyson empleando instintivamente la exclamación favorita de Jimmy Tiddim—. ¿Qué es 1o que está ocurriendo?

Parejas frases de asombro brotaban de todas las bocas al contemplar cómo las dos esferas noidias, después de divisar a la flota qué se acercaba velozmente, describían un amplio círculo y volaban raudas... ¡retirándose, huyendo a toda velocidad como presas de inconcebible pánico!

—¡No... no puede ser! —gritaba Allyson, pellizcándose el rostro para convencerse de que no soñaba—. Y sin embargo... ¡Sí... es cierto!

Y riendo como si se hubiera vuelto loco, haciendo coro a sus compañeros de tripulación, que también comenzaban a comprender lo que ocurría, se abalanzó hacia la radio, empuñó el micrófono con temblorosa mano y comenzó a llamar:

—¡Silver-uno a Silver-dos!... ¡Contesten, por el amor de Dios!... ¡Atienda, Silver-dos!..: ¡Llama Silver-uno!... ¡Respondan!... ¡¡RESPONDAN PRONTO!!...

Semejaron pasar siglos enteros antes de que llegar ahasta él un gañido metálico a través del altavoz.

—Silver-dos escucha... o al menos lo que todavía queda de Silver-dos.

Era el doctor Hunter y en el tono apremiante de su voz, en la desesperación y amargura que destilaban sus palabras se leía

claramente la crítica situación porque estaban atravesando los sitiados.

—Escuche, Silver-dos —rugió Allyson—. ¡Es el milagro!... ¿Me oye?... ¡El milagro!

Su interlocutor debió creer que el viejo se había vuelto loco porque profirió un gruñido adusto, como de persona que no tiene tiempo para escuchar tonterías.

—¡El milagro, Silver-dos! —repetía incansable aquél—. Dígalo a todos... Adviértales que en estos momentos estamos siendo alcanzados por una gigantesca flota aérea compuesta por centenares o millares de esferas pintadas de un azul brillante de aeronaves sobre cuyo costado campea una insignia compuesta por un sol llameante que encierra en su centro una letra «K» pintada en negro... De enjambres de navíos de mayor tamaño que los noidios, que huyeron al divisarles.

Hubo una pausa llena tan sólo por los jadeos entrecortados del profesor que respiraba afanoso a causa de su excitación... y por un conjunto de sonidos extraños, mezcla de sollozos y frases emocionadas, que llegaban hasta él a través del receptor.

—Diga a todos que Roni está contestando a su primer mensaje... que nos rodean amenazadores mientras se establece nuestra identidad y origen... que una esferilla abandona la nave insignia para venir a bordo de la nuestra... ¡que han hablado en inglés!... ¡¡QUE SON DE LA TIERRA!!

* * *

El doctor Hunter alzó la cabeza ante el zumbido de la radio, interrumpiendo su tarea de atender a uno de los muchos heridos que estaban tumbados en el corredor. Allá lejos continuaba la sinfonía salvaje de los disparos y los gritos con la música de fondo de las explosiones..., La lucha proseguía con renovado encarnizamiento y los esfuerzos actuales se concentraban en impedir que los hombres de Noidim, detenidos y bloqueados en el pozo secundario, se abrieran paso a través del principal para alcanzar una nueva planta de galerías.

—Silver-dos escucha.... —repuso tomando el micrófono—. O al menos, lo que todavía queda de Silver-dos.

Al otro lado del espacio comenzaron a barbotar las palabras gozosas, atropelladas, sin sentido, fantásticas... increíbles. Ralph Hunter dudó íntimamente de las condiciones mentales del viejo Allyson, pero su vacilación fue tan rápida como fulmíneo Samuel

Allyson para nombrar a aquellas esferas pintadas de color azul brillante.

— ¡Im... imposible! —farfulló el doctor, sintiendo que se erizaban todos los poros de su cuerpo.

Pero en seguida, empuñando la pistola eléctrica que llevaba al cinto, saltó por encima de los heridos en la galería y corrió como un gamo gritando:

— ¡Murdock... Travers... escuchadme todos!

Ralph Hunter fue entonces tomado por auténtico loco, pero la débil e inconsistente esperanza que lucía tímidamente en el interior de todos los pechos se reavivó súbitamente con sus palabras, que revolucionaban a los defensores, pese a que no acababan de convencerse de su grandiosa verdad.

—Todos estaremos locos, doctor —murmuró Murdock cuando Hunter llegó a su lado, en la brecha desde la cual hacían fuego contra las avanzadas noidias—. ¡Travers! —gritó luego—. ¡Encuéntreme a Dao-Dao en seguida; debe estar con Betty cuidando de Enoka!

Abandonaron momentáneamente la posición, deteniendo el avance por el expeditivo procedimiento de volar doscientos metros de galería, y cuando regresó el ingeniero trayéndose al muchacho, George le interrogó premioso:

—Oyeme bien, Dao-Dao: ¿Estás seguro de que aquellas naves pintadas de azul y aquellos hombres que salieron de ellas prometieron volver?

—Yo nunca dudé que volverían —repuso con firmeza el chico.

—¿Estás convencido de que esos hombres eran de la Tierra?

Pero nadie se esperó para escuchar la respuesta. La noticia corría como reguero de pólvora entre todos los defensores mientras Harry Travers y el doctor corrían hacia el aparato de radio. Fue necesario que Murdock se impusiera con firmeza, que ordenara la evacuación de toda la planta de galerías para ganar un tiempo precioso, que los heridos, transmisor y detectores fueran trasladados a lugar seguro,.. Y necesitó emplear toda su autoridad y energía para verse obedecido.

Cuarenta minutos después, desde su nuevo refugio, el altavoz de la radio, rugiendo con todo, su volumen, lanzaba al rostro de los 1.150 defensores que todavía estaban en pie la música acariciadora de unas palabras, de una voz desconocida y nueva que les saludaba desde el otro lado del espacio:

—Les habla el coronel Brissen, del ejército de Kristian. Ha llegado la hora de su liberación y en estos momentos la segunda flotilla aérea se cierne sobre sus posiciones lista para iniciar el contraataque.

Aquello era corno una música maravillosa y consoladora, algo sublime que arrancaba roncas exclamaciones de emoción y sollozos de alegría.

—Hemos vuelto a la Tierra —proseguía la radio—, y hemos vuelto para no abandonarla jamás después de casi dos siglos de ausencia. Nuestro ejército y nuestra flota nos siguen a escasas jornadas de vuelo. El poderío de los hombres de Noidim tiene sus horas contadas y en la lucha que se avecina obtendremos el triunfo para el cual nos hemos estado preparando.

Quienquiera que fuese aquel coronel Brissen, doquiera se hallase aquel Kristian cuya denominación tomara para su ejército, supo crear con sus palabras la fe y el ánimo necesarios para prolongar la resistencia durante unos minutos u horas o días más. Al mismo tiempo que llegaba hasta ellos el mensaje radiado, temblaba la tierra por efecto de las explosiones que venían de arriba… con la diferencia de que esta vez no eran los noidios quienes las provocaban, sino los que perecían a consecuencia de ellas. La radio no calló un instante; su voz animosa fue el toque de clarín que despertó en los sitiados nuevos instintos bélicos, una sed de revancha que se tradujo en fulminante ataque… Desde entonces los minutos siguientes fueron algo siempre confuso en los recuerdos de todos los hombres encerrados en las galerías. Unos y otros se vieron atacando con saña, destrozando rabiosos a los invasores, escuchando los gritos animosos de los suyos y tambaleándose con los estremecimientos convulsivos de la tierra. Más tarde, como el final gozoso de una desagradable pesadilla, los pasadizos y pozos se inundaron de brillante luz, cayeron escalas de cuerda y redes metálicas por todas las aberturas… y se encontraron con los primeros soldados del ejército de Kristian, jadeantes por el esfuerzo, sucios de sangre y polvo… pero gozosos y alegres por el triunfo, entusiasmados por los rugidos de alegría con que era acogida su presencia, llevados en volandas por centenares de manos ávidas que pugnaban por abrazarles y rodeados de gargantas enronquecidas que vitoreaban incansables a Kristian, al coronel Brissen, a Murdock, a Travers…

En brazos de sus liberadores, los primeros sitiados salieron a la superficie y asomaron al desgarrado y muerto claro de la selva que se extendía ante ellos. Vieron las primeras aeronaves pintadas de

azul, contemplaron la insignia del sol llameante en sus costados, los grupos de supervivientes noidios fuertemente custodiados y convertidos de dominadores en prisioneros, el brillante conjunto de aquellas tropas de uniforme azul celeste, charreteras de acero bruñido sobre los hombros, metálico casco sobre la cabeza y desconocidas armas en las manos.

Hombres y mujeres, soldados todos del ejército de Kristian, deslumbraron a los terrestres con su maravilloso aspecto de poder y de fuerza, de inteligencia y salud, de amistad y comprensión, de auténtico deseo de, ayuda. Había lágrimas en todos los ojos. Los heridos iban siendo atendidos por un cuerpo sanitario establecido en una de aquellas aeronaves, y los que todavía podían caminar por sus propios medios recibían los primeros auxilios, víveres, agua, preventivos microbicidas, sueros antiradioactivos...

La primera columna de vehículos automóviles llegaba en aquellos momentos, precedida por dos potentes terraplenadoras que derribaban árboles y trituraban la maleza dejando detrás de ellas una trocha lo suficientemente ancha para ser utilizada sin dificultades. Con ellos llegaron Samuel Allyson, Roni y los restantes hombres de Kaoni, impacientes por fundirse en apretado abrazo con los suyos... Y sobre todas las voces alegres resonó la exclamación de Jimmy, del hombre que tornaba a recobrar el buen humor, y que abandonaba el puesto sanitario con un brazo sujeto por blanco cabestrillo:

—¡Por cien millones de bujías! Si me dejo anestesiar, ese matasanos me habría cortado los dos brazos y la cabeza...

Conocieron al coronel Brissen, un joven alto y robusto, de piel atezada y rostro simpático y alegre, varonil y elegante con su uniforme y con sus cabellos rubios cortados en cepillo. Pasada la efusión de los saludos y la avalancha de palabras, les saludó a su vez diciendo:

—Considérenme uno más entre los suyos. Después de todo, mi abuelo Jan Brissen[5] nació en Dinamarca.

Una muchacha se acercó al grupo. De gran parecido físico con el coronel, poseía una serena belleza que no bastaba a empañar el atuendo masculino que vestía, una gracia juvenil y bulliciosa que desdecía mucho de los arreos militares y del uniforme que cubría su hermosa figura.

—El capitán Nohana Brissen —presentó el coronel—, jefe de artillería de nuestra insignia.

—¡Rebomba! —estalló Jimmy—. ¿Esto es jefe de artillería? Jefe

—prosiguió dirigiéndose a Murdock—. Hasta este momento he sido mecánico de aviación, pero ahora dimito el cargo. Voy a hacerme artillero del ejército de Kristian. ¡Palabra de Jimmy!

* * *

Había impaciencia en todos los rostros por conocer los maravillosos pormenores que motivaban la presencia de aquellos seres sobre la Tierra, las circunstancias de su llegada en el momento más desesperado y los propósitos que les animaban en su afán de aniquilar a los noidios, de expulsarles del planeta que un día conquistaran por la fuerza de las armas y que ahora se verían obligados a abandonar bajo la amenaza de un poder superior al suyo.

La noche caía sobre la selva extendiendo su manto oscuro propicio a las confidencias. Grandes fogatas taladraban la negrura del claro en donde se hallaban reunidos, tanto los recién liberados como los hombres del ejército de Kristian, y en el cielo, invisibles en la altura, una flotilla de aeronaves vigilaba atenta para salvaguardar las vidas de quienes reposaban en tierra firme. Cuchicheos y murmullos denotaban la impaciencia y la avidez de los reunidos, muchos de los cuales todavía no querían convencerse de la realidad palpable, de la existencia cierta de aquellos providenciales salvadores…

Consumían los primeros alimentos entregados por aquéllos y saboreaban las primicias de una auténtica libertad, de una existencia dichosa, de una vida tranquila, sin el temor al castigo, sin miedo a la presencia de sus implacables guardianes… Correteaban los niños acercándose a los soldados, se aposentaban sobre sus rodillas dirigiéndoles asombradas preguntas con sus vocecitas tímidas, se extrañaban del idioma que aquéllos empleaban, juzgándolo tan diferente y contrapuesto al noidio que constituía su lengua habitual… Se iniciaban los relatos, las palabras fluían rápidas de todas las bocas y la atención prendía en todos los oyentes mientras paladeaban las primicias de la historia.

—En el año 2.023, hace poco más de un siglo —decía el coronel Brissen—, una numerosísima flota de esferas plateadas conquistó rápidamente la Tierra aprovechándose de la debilidad y escaso número de supervivientes que todavía podían contase en el mundo de los vivos, después de una guerra atómica librada entre Oriente y Occidente. Poca fue la resistencia que pudo oponerse a la invasión, y tal vez fueran Oasis y Ontario los dos únicos puntos en donde la

lucha revistió verdaderos caracteres de batalla. Ontario era una ciudad canadiense en donde intentaron resurgir los supervivientes de las dos Américas, y Oasis, acaso como simbólica coincidencia, era también una vieja mina de uranio en donde se refugiaron supervivientes de casi toda Europa y África, en número superior a los 6,000. Desde uno y otro punto, antes de producirse la invasión, se efectuaron trabajos científicos destinados a prevenir la amenaza, y uno de ellos fue la construcción de un cohete sideral que recibió el nombre de *Kristian* en memoria del ingeniero que lo proyectó. Entre nosotros —sonrió—, se encuentra un descendiente de aquel hombre; es el general David Hansen, jefe de la flotilla aérea que ahora nos protege, hijo del que un día fuera llamado Hansen «el sueco» y de una muchacha llamada Cristina Tegel.

Un religioso silencio imperaba en el claro. Hasta las hogueras semejaban acallar su chisporroteo para que cada palabra y cada sílaba de aquella historia se grabaran plenamente en los corazones de quienes la escuchaban. Realmente el acto resultaba un tanto teatral, a modo de una conferencia fantástica o una explicación interesante y amena. La voz del coronel Brissen llegaba hasta, todos a través de los altoparlantes instalados, y el idioma noidio que utilizaba para su explicación semejaba tener una entonación diferente, una modulación nueva que le distanciaba mucho de los sonidos secos y ásperos que componían sus voces.

—Un grupo compuesto por diez y siete hombres y dos mujeres embarcó en aquella nave sideral, intentando aprovechar su viaje de prueba para destruir un centro de interferencias descubierto en la Luna. Fueron allá, descubrieron la primera aparición de los hombres de Noidim, dieron la alarma a la Tierra, lucharon contra ellos... Pero no pudieron regresar jamás, viéndose obligados a asistir como espectadores a la tragedia que se desarrollaba en su planeta de origen. Vagaron por el espacio hasta que un astro les captó en su órbita llevándoselos en su camino a través del infinito. Aquel astro, desconocido y nuevo, se llamó desde entonces «Kristian» como homenaje póstumo a la nave que se destrozó en el aterrizaje, y constituyó para el reducido grupo una nueva patria desde la cual habrían de intentar el regreso a la Tierra, capitaneando el ejército que había de liberarla.

—Su historia tiene cierta analogía con la nuestra propia —murmuró en voz baja Murdock dirigiéndose a Enoka, sentada a su lado.

—¡Chist! —ordenó la muchacha haciéndole callar.

El relato de Brissen fue abarcando por momentos horizontes más amplios. Citó los contactos con la raza primitiva que lo poblaba, mencionó extraños nombres, todavía más extraños para los liberados que no conocían otros apelativos que los de la terminología noidia, y ante ellos, hábilmente descritas, fueron desfilando las figuras de McAlister, Festen, Jan Brissen —abuelo del coronel— y de Nohana, su esposa. Conocieron a Ketty Fraser, a Karl, Engie, Forster, Muik... Admiraron la gallardía y la decisión de Hansen «el sueco» y de Cristina Tegel, asistieron al enlace de las primeras parejas que constituían las primeras familias de Kristian... y supieron luego del tesón y del esfuerzo de todos creando una descendencia fuerte y culta, poderosa y sana, consciente de la promesa que sus progenitores hicieran un día y decididos a realizarla con el transcurso del tiempo. Dos generaciones hicieron el milagro de, ayudados por la ciencia y la técnica, transformar a Kristian en un emporio de grandezas sin límite, una nación poderosa llena de nobles afanes de conquista, un pueblo ávido de contemplar y pisar el planeta que fuera la patria de sus padres.

La industria y la mecánica conocieron allí su mayor incremento. Las ciencias y las artes avanzaron paralelamente con aquel desarrollo potente, cultivando los corazones y las mentes, sembrando en sus ánimos fructíferas semillas cuya germinación prometía una espléndida cosecha espiritual. Cada vez que la guadaña implacable de la muerte se abatía sobre aquellos cuerpos, abandonaban la vida con la íntima satisfacción del deber cumplido y con el único pesar de no poder alcanzar lo que sólo estaba reservado a sus descendientes: Asistir a la victoriosa campaña que devolvería la hegemonía humana al planeta Tierra.

La ciencia aeronáutica alcanzó alturas insospechadas con la fusión de los propios conocimientos y los adquiridos en sus experiencias bélicas contra los noidios. Sus aeronaves adoptaron también la forma esférica como la más apropiada para surcar los vacíos estelares y para resistir el candente roce de las dispares atmósferas de los cuerpos celestes. Sus potentes flotas exploraron el espacio, hallaron rastros de la existencia de variadas razas y pueblos... pero Kristian no entró, jamás en relación con ninguno de ellos por considerar que la empresa para la cual se preparaban era digna de que le dedicaran cada segundo y cada minuto de cada hora.

Sólo cuando todo estuvo dispuesto, cuando el ejército entró en posesión de las más mortíferas y potentes armas, cuando los ingenios bélicos fueron lo suficientemente perfectos y avanzados

para asegurar su supremacía, cuando todos los ánimo.; respondieron afirmativamente al juramento de luchar hasta la muerte por la reconquista de la Tierra, comenzaron las acciones preliminares compuestas por ataques sorpresa y acciones de corso contra las aeronaves noidias. En audaces vuelos de exploración recorrieron la Tierra entera regresando a sus bases del espacio con valiosas informaciones. Supieron que los hombres de Noidim dominaban la faz de la Tierra desde un número importantísimo de puntos-clave. Europa y Asia recibían ahora la denominación de Noidim; Africa se convertía en Suri; América, en Renesi, y Australia y el Polo Sur en Kantros, nombres todos ellos de los cuatro primitivos planetas que constituyeran la patria original de los noidios.

Las operaciones guerreras se iniciaron súbitamente sobre los cuatro nuevos continentes... y los designios de la Providencia hicieron que una de las flotillas que navegaban hacia Renesi captara el mensaje de petición de auxilio que una guarnición noidia hacía desde la selva amazónica.

—Nos resultó extraño —explicó Brissen llegando ya con su relato a los momentos actuales—, porque en otra ocasión nuestras aeronaves tomaron tierra en una zona que a todas luces era la misma que ahora demandaba auxilio. Una guarnición pedía socorro urgente para aniquilar a un grupo de seres cuya procedencia no podían averiguar y que contaban con poderosas armas para resistir. Aquello nos llamó la atención, ya que teníamos el convencimiento de que ninguno de nuestros navíos siderales se nos había anticipado... y decidimos enviar una flotilla para averiguar de qué se trataba.

—Y jamás su presencia fue mejor recibida, amigo —dijo en voz baja James Tiddim sin que ninguno llegara a escucharle.

—Les encontramos a ustedes, coadyudamos a su liberación... y he aquí nuestra sorpresa al enfrentarnos con un reducido grupo de auténticos terrestres, de hombres que vivieron en época muy anterior a la invasión noidia y con los cuales seguramente habríamos entrado en contacto en el espacio si las circunstancias hubieran sido otras. Ustedes me han relatado su historia, una historia que podría llamarse increíble de no ser porque en Kristian tenemos abundante documentación, fotogramas y películas, escritos y libros que nos hablan de la patria de nuestros padres, de la Tierra tal y como era antes de que ellos la abandonaran. Se han llamado ustedes exploradores del éter, fugitivos en el Cosmos...

—Pero hay una última denominación que está equivocada, coronel —interrumpió Murdock levantándose para acercarse a Brissen—. Durante nuestro vuelo de regreso, cuando luchábamos contra la incertidumbre y el peligro, yo dije a mis compañeros que constituíamos la avanzadilla a la Tierra.

—¿Y bien, señor Murdock?

—Ahora veo que me equivoqué —sonrió alegre George Murdock —, porque en realidad veo que son ustedes los componentes de esa avanzadilla. Los míos, al igual que yo, sólo aspiran a un puesto en el ejército de Kristian…

—Diga usted mejor en el ejército de la Tierra, señor Murdock — rectificó el coronel—. Kristian, nuestra patria adoptiva, continúa surcando el espacio desde una insondable altura. Allá han quedado solamente los imprescindibles, los que por cualquier causa no podían formar parte de la expedición. Pero tanto ellos como nosotros, ya que no de origen, somos auténticos terrestres de adopción que están impacientes por restituir al Universo un astro injustamente arrebatado.

Sobre la línea de vegetación que rodeaba el calvero comenzaba a palidecer la oscuridad con el anuncio de la aurora. Otra vez salía el Sol recorriendo su eterno camino, pero esta vez iba a alumbrar el primer día de libertad sobre la faz de la Tierra.

EPILOGO

MARIO Alves y Cesia se acercaron sonrientes hasta la camilla ocupada por Enoka. La amazona, repuesta en parte del percance sufrido durante la lucha en la mina, mejoraba sensiblemente gracias a los cuidados médicos del ejército liberador y recriminaba a Murdock que, sentado junto a ella, contenía sus ímpetus bélicos y sus deseos de participar en la batalla.

—No, mi querida amazona —rechazó tercamente el norteamericano—. Olvida esos propósitos y tu condición de soldado. De ahora en adelante, vas a ser mujer tan sólo, ocuparte de unas tareas muy distintas a las que ahora eran habituales en ti, pero más del agrado del hombre que ha de compartir tu vida... y aprender pronto las enseñanzas que Betty Patterson, como más práctica en esos menesteres, te pueda dar.

—¿Ha mencionado mi nombre, Murdock? —preguntó la voz de Betty a espaldas de George.

La muchacha venía con Harry Travers, con Jimmy y con Dao-Dao, a efectuar la diaria visita a la herida amazona, y Murdock tomó la ocasión por los pelos para agregar:

—La nombré, es cierto, pero solamente para decir a Enoka que usted iba a enseñarle ciertas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Pues... ¡ejém!... —vaciló, mirando de reojo a Travers y guiñándole un ojo con malicia—. La forma de constituir un hogar, nuestros gustos y aficiones... en fin... —terminó con un encogimiento de hombros,

—Pues va a tener otra discípula, Betty —añadió Mario pasando el brazo en torno al talle de su prometida—, porque Cesia también ignora muchas de esas cosas y bueno será que vaya acostumbrándose a la forma de ser de los terrestres.

—¡Protesto! —exclamó Travers riendo—. Consideren que Betty va a tener muy poco tiempo para su escuela de hogar, porque yo voy a acapararle todas las horas a la menor ocasión. Tengan en cuenta que me han asignado un puesto en el ejército, que no sé la graduación ni la paga que me darán, pero que tal hecho ha creado en mí el propósito de tener un hogar propio... Hasta tenemos —agregó señalando hacia Dao-Dao que agarraba la mano de Betty— un hijo adoptivo al que dar una madre y educar...

—Yo lo arreglaré —terció Jimmy conciliador—. Me encargaré que los tres matrimonios se celebren a un tiempo y de que cada pareja tome como ejemplo a las dos restantes. Hasta es posible que... —vaciló.

—Vamos, Jimmy, suéltalo de una vez —animó Mario con voz alegre.

—No sé, no sé —respondió el mecánico—. Todo depende de la actitud que ellas adopten

—¿«Ellas», Jimmy? —se asombró Murdoek—. No irás a decir que has decidido formar un harem.

—Desde luego que no, jefe —aseguró imperturbable Jimmy—. Bastantes complicaciones trae una sola mujer para que le añadamos compañía. La duda está entre Durisan, que me gusta una burrada, y ese oficialito de artillería que...

Se quedó con la boca abierta viendo acercarse la gentil figura de Nohana Brissen seguida a corta distancia por Durisan, y sus ojos

bailaron de una a otra muchacha como sospesando su parecer antes decidirse.

—Ya me figuraba yo que al final nos saldrías con una de las tuyas, Jimmy —exclamó riendo Murdoek—. Elige bien, muchacho, porque en el pecado llevarás la penitencia.

—El coronel Brissen les espera a ustedes en su puesto de mando —anunció Nohana—. Han llegado las primeras noticias... y son mejores de lo que cabía esperar.

—Vamos allá —dijo Travers—. Estoy impaciente por terminar la reconquista de la Tierra.

El espació azul del cielo estaba lleno de aeronaves. La radio llevaba hasta ellos las primicias de unos combates en donde el triunfo se inclinaba por los terrestres. Una batalla de aniquilamiento se estaba librando sobre el cielo de Europa, de Asia y de África. Los puntos-clave de los noidios eran pulverizados uno tras otro, y los primeros contingentes de liberados se añadían a las tropas para proseguir la lucha.

—Ahora nos toca a nosotros, caballeros —terminó el coronel Brissen—. La flota está preparada y las dos Américas esperan nuestro regreso. La liberación de la Tierra ha comenzado.

Y horas más tarde, aquellos millares de navíos alzaban el vuelo llevándose a los seres que iban a la batalla con el corazón alegre y el espíritu fuerte, porque sabían que tras las horas difíciles, tras las jornadas amargas de su vagabundeo por el espacio y su constante lucha por alcanzar el triunfo, recibían el premio de una felicidad sin límites al lado de aquellas mujeres que con ellos compartieron los riesgos y que llegaron hasta el sacrificio en aras de su cariño.

Dijo bien Harry Travers. Había impaciencia en sus pechos por terminar la reconquista. Y mientras se aproximaban al final, encerrados en sus naves de batalla, tres parejas cruzaban a un tiempo el beso apasionado que preludiaba la felicidad futura.

FIN

INDICE

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

14.—Dos Mundos frente a frente, *George H. White.*
15.—Salida hacia la Tierra, *George H. White.*
16.—Venimos a destruir el Mundo, *George H. White.*
17.—Guerra de Autómatas, *George H. White.*
18.—Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie.*
19.—Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie.*
20.—El Misterio de los Hombres de Piedra, *Alf. Regaldie.*
21.—Trágico destino, *Alf. Regaldie.*
22.—Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23.—Redención no contesta, *George H. White.*
24.—Mando siniestro, *George H. White.*
25.—División equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. White.*
28.—Destructores de mundos, *Alf Regaldie.*
29.—D-3 Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. White.*
36.—La guerra verde, *George H. White.*
37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*
38.—Los hombres de Noidim, *Larry Winters.*
39.—La nueva Patria, *Larry Winters.*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan.*
41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*
42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43.—El *Kipsedón* sucumbe, *Walter Carrigan.*
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres-planta, *G. H. White.*
46.—El azote de la humanidad, *George H. White.*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Wnters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*

¿LLEGARAN ALGUNA VEZ LOS HOMBRES A DOMINAR EL SOL?

Pesadillas proféticas, pasiones, tragedias, guerra y amor, y, sobre todo, la amenaza de unos seres que parecían haber escapado del infierno:

LOS HOMBRES DE FUEGO

Que fueron la fantástica visión de un hombre dotado de misteriosas facultades; de una mente capaz de recorrer la negra e infinita dimensión de los Tiempos..., dura realidad para sus víctimas.

AMOR Y MUERTE EN EL SOL

es una fantástica creación de MIKE GRANDSON que le hará meditar sobre las insospechadas posibilidades de un futuro remoto.

AMOR Y MUERTE EN EL SOL

será el próximo título que se complace en ofrecer a sus lectores la acreditada

Colección
Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: **5** *pesetas*

Notas

[←1]

A este respecto recomendamos la lectura de «La ruta de Marte». (#47 de ésta colección.)

[←2]

Lean la anterior novela titulada «Expedición al éter». (#48 de ésta colección.)

[←3]

Véase «Fugitivos en el Cosmos». (#49 de ésta colección.)

[←4]

Con respecto a los rayos cósmicos, de hecho pasar a través del cuerpo humano unos veinte rayos cada segundo, y esto en cualquier circunstancia en que uno se encuentre.

[←5]

Estos personajes aparecen por vez primera en las obras de Larry Winters publicadas con los números 37, 38 y 39 de esta Colección.